

CONDICIÓN DE LA MUJER EN LAS DIFERENTES CULTURAS Y PUEBLOS



La posición dominante de la mujer, para numerosos autores, tuvo existencia al principio o en una época primaria de todas las culturas y ha sido J.J. Baschoffen (1815-1887) a quien se le debe su universalidad. Este notabilísimo autor divide las etapas en, primera época : de promiscuidad sin existencia del matrimonio ; segunda época : donde aparece la primera forma de matrimonio bajo la hegemonía de una mujer-reino de la madre ; matriarcado, ginecocracia. Recién en la tercera época aparece la segunda forma de matrimonio bajo la hegemonía del macho, el patriarcado actual » (1).

« El matriarcado es una disgregación de un antiguo matrimonio, en el cual domina el hombre, aquí domina la mujer y el parentesco sigue la línea femenina, las mujeres tienen todos los derechos, los hombres no. Estos trabajan para la mujer, a ella pertenecen las tierras y sus productos, ellas son el alma de los consejos, deciden sobre la paz y la guerra y administran el fisco o tesoros públicos. A ellas han de entregarse los prisioneros, ellas disponen de los matrimonios, bajo su dominio están los hijos y su sangre determina la sucesión » (2).

El trabajo crea una riqueza relativa que pasa a poder del hombre, el que puede comprar mujeres ; la mujer decae de su grado máximo ; es convertida en esclava y vuelve a nacer un nuevo patriarcado, el mando femenino y su parentesco desaparecen, esto sucede cuando se consolida el matrimonio y la familia como instituciones.

Se sabe también que estudiosos como Westermack y otros han puesto en duda

(1) J.J. Baschoffen : Das Mutterrecht (El reino de la madre) 1861.

(2) P. Lafitau : Mœurs des sauvages américains Paris 1721.

EN ESTE NÚMERO :

Trabajos de Juan Lazarte, Lacaze-Duthiers, P. Rassinier, Chicharro de León, Luis di Filippo, Alejandro Cassona, Zenón, J. Bernat, Francisco Carrasquer, J. Prado Rodríguez, Alfonso Camín, Joaquín Dicenta, Puig Espert, J. Coll de Gussem, Julio Aristides, García Tella, F. Frak, Federico Azorin, J. Ferrer, Puyol, y secciones e ilustraciones de costumbre.

¿POR cuáles razones en un tiempo remoto impera uno de los dos sexos, predominio masculino, tal vez el originario si nos atenemos al árbol zoológico, más tarde el matriarcado (predominio femenino) ; y por cuáles otras razones, en los últimos 2960 años comanda el sexo masculino o cuanto se llama el ciclo del Hombre ?

Los antropólogos y sociólogos modernos han estudiado seriamente sociedades primitivas con una preponderancia de las mujeres, de tal manera, que admiten la existencia de un matriarcado — el linaje se transmite por la rama femenina — entre otros, Paul Krishke, Voetinger, Briffault, etc.

por **JUAN LAZARTE**

el matriarcado, para afirmarse en la tradición masculina primaria o de líneas paternas. Mas lo importante es saber cuáles fueron las condiciones en que se encontraron las mujeres, en todas estas tribus, clans, familias, naciones, en los siglos pasados de la historia conocida y hasta nuestros días.

« El clan iroqués estaba formado en la época que lo estudió Morgan por la totalidad de los consanguíneos, según la descendencia femenina... En el clan se reunían en consejo constituidos por todos los miembros adultos y en los cuales tenían las mujeres el mismo derecho a votar que los hombres. »

« Entre los wíandots, según Cunow, las mujeres tenían el régimen político en sus manos. A la cabeza de cada liga totémica, figuraban cuatro jefes femeninos elegidos por las presidencias de las comunidades domésticas. Estas cuatro mujeres nombraban el « sachen » (caudillo de paz) y administraban con él a la comunidad totémica. » (3)

¿ Cuando se inicia la verdadera esclavitud de la mujer ? Esto no se podrá saber, pues no es un momento dado, sino un proceso largo con altos y bajos hasta entrar de lleno en ella y quedar solamente rastros de su antiguo dominio ».

« Entre los predecesores históricos de los Babiloneos, los sumerios y arcadianos, representaba la mujer un papel respetable ya que según Hommel, en los textos conservados, precede siempre la madre al padre y la esposa al marido. Aún en tiempos de Ciro (550 a.d.J.C.) en el tránsito de la época histórica, estaba en vigor entre los babiloneos un régimen de igualdad entre el hombre y la mujer. » (4)

« Según Diódoro no se imponía a la mujer en Egipto la fidelidad conyugal. No era por lo tanto el hijo extramatrimonial una deshonra para la mujer, siendo por el contrario equiparado al legítimo. Como consecuencia de ello estaba poco extendida la prostitución en el antiguo Egipto antegriego. » (5)

« Las mujeres desempeñaban todas las magistraturas y cargos públicos. Los hombres tenían a su cargo el trabajo doméstico, como entre nosotros las mu-

(3) Mülle-Lyer : La familia, pág. 110
(4) P. Krishke, op. c. pág. 132.
(5) P. Krishke, op. c. pág. 153.

eres, y vivían sometidos a la voluntad de sus esposas. No se les permitía servir militarmente, ni el acceso al gobierno ni a cargos públicos que pudieran infundirles mayores decisiones induciéndolos a oponerse a las mujeres. Los niños eran entregados recién nacidos a los hombres que los creaban con leche o con otros alimentos, según la edad... Probablemente no hubo un predominio único de la mujer, sino una igualdad de derechos, mayor vigencia del hombre en el gobierno y la política exterior y alguna mayor vigencia de la mujer en la herencia, la sucesión familiar y sexual. » (6)

Ningún hombre de ciencia que se haya interesado en el fenómeno del matriarcado ha pretendido referirse jamás a un matriarcado absoluto. El matriarcado es un fenómeno social en que la mujer por las razones conocidas, goza de una situación de prestigio particular, en el ambiente de su propia naturaleza, situación que los hombres le reconocen legalmente, aunque el ejercicio de sus propias funciones sea no menos indispensable a la buena marcha de la comunidad. Esta es la regla que sin embargo tenía excepciones, pues detrás de las figuras de Semiramis y de las Amazonas se adivina una situación de preponderancia femenina muy particular. Me adhiero a las opiniones de Charles Picard, quien ve en las Amazonas la reminiscencia de un estado social y religioso prehelénico contemporáneo de la época en que el culto de la Gran Diosa se había desarrollado al mismo tiempo bajo el aspecto político militar, en Rusia meridional y en Anatolia (Momolina Marconi señala justamente que las Amazonas eran devotísimas de la Gran Madre Asiática)...

« Del mismo modo no puede hablarse con seriedad de una religión matriarcal exclusivamente femenina que en mi opinión es inimaginable. Una religión de la Madre así concebida se vería privada de los elementos fundamentales de contraste que constituyen una de sus notas más características. No es concebible una religión de la Madre, es decir de la Hembra divinizada e identificada con la Tierra, madre y nodriza en sí misma, sin toda una serie de divinidades masculinas, mejor dicho de machos divinos que sin embargo les están subor-

(6) Pablo Krishke, op. c. pág. 161.

dinados. El hermano, el hijo, el padre de la Gran Diosa son figuras constitutivas de la religión de la Madre y urden con ella su fama fundamental. De esta trama emerge una suprema divinidad Hembra que posee con frecuencia desencadenados todos los instintos de su sexo, y que comparte la mismo tiempo con las mujeres las penas inherentes a su naturaleza. (Leto soporta nueve días y nueve noches los sufrimientos de su parto inminente, gozando de una autonomía generadora, forma y garantía de su libertad suprema... Entre esos dos polos el signo vital virginal, que ella pierde o reintegra mágicamente a su gusto y el sentido maternal se desenvuelve la vida divina y humana de la Gran Diosa. »

« Que el núcleo de la religión mediterránea esté constituido por el culto de la Madre (de la Tierra Madre) es creo una verdad adquirida, así como que una religión de la madre presupone la existencia de las comunidades matriarcales. » (7)

Transcribimos unos versos de el antíguísimo libro sagrado, Shaktissangana Tantra, que dicen :

La mujer es la creadora del Universo. Ella es el verdadero cuerpo del Universo. La mujer es el sostén de los tres mun-

dos es la verdadera esencia de nuestro cuerpo.

No existe otra felicidad que la que la [mujer puede dar.

No existe otro camino que el que la [mujer pueda mostrarnos.

Jamás ha existido ni existirá fortuna comparable a una mujer, ni reino ;

ni lugar de peregrinación, ni yoga ni [plegaria...

ni fórmula mística, ni ascetismo, ni [riqueza. (8)

(7-8) Uberto Pestalozza : « El matriarcado Mediterráneo », Diógenes, n° 12, pág. 71-72-73.



DON FEDERICO EL GRANDE



Pasando por alto una cantidad enorme de gente popular — « Peret el de Bétera », « Pepito Villalonga », « Ulldebou », « Gayarre », etc. — toda ella de modesta categoría social, y cuyo recuerdo no se ha desvanecido todavía en las mentes de muchos valencianos, fijaremos nuestra atención en un ciudadano pintoresco, sí, pero de ingenio notable y de gran cultura, el cual merecería los honores biográficos *in extenso*.

Nos referimos a don Federico, zapatero en su actividad comercial y uno de los abogados más ilustres del foro valenciano de aquella época. Sus dichos y hechos llenan un buen cuarto de siglo de la historieta y cuento valencianos.

Don Federico tenía tienda abierta en la calle del Mar, cerca de la plaza de la Congregación, y cuando alguien entraba en la zapatería preguntando por él, él mismo en persona respondía, atenta y educadamente, si se trataba del zapatero o del abogado... Si el interés se puntuaba sobre el primero, la cosa era sencilla : cliente que se sienta... género que se exhibe y, probablemente, venta que se realiza. Si se trataba del togado, don Federico indicaba al demandante la escalera contigua al portal de la zapatería y, el imperfecto, apresuradamente, se despojaba de la bata blanca que llevaba puesta, subía de dos en dos los peldaños de una escalerilla de caracol situada en la trastienda y, ya en el entresuelo, donde tenía vivienda y despacho de abogada, se aposentaba cómodamente en un sillón detrás de una mesa de ministro, llena de carpetas y legajos atados con balduque, y recibía con la prestancia de todo un letrado que era a la persona que unos minutos antes se asomara por la puerta del comercio de zapatos.

Si nuestros lectores tienen la paciencia de aguantar los tres relatos que a sucesivamente expondremos podrán hacerse cargo del singular ingenio de nuestro hombre.

Certificamos la autenticidad de los hechos, y de la mayor o menor moralidad de alguno de ellos, para la tranquilidad de los espíritus puritanos, responsabilizamos a la tradicional picaresca española que, con el misticismo, constituye el meollo de la literatura nacional.

Con aspecto fantástico, con realidades graciosas y picantes, cuyo relato hizo la felicidad de más de un contertulio de los ya desaparecidos « Café de España » y « Café del Siglo », pongamos por ejemplo de cafés, de aquella inolvidable época de la Valencia alegre y confiada.

¿ El apellido de don Federico ?... No importa que ignoremos su apellido. Le nombraremos Don Federico el Grande... y basta.

I

JUAN HOLGANZA

Nos hallamos en una de las salas de la Audiencia Territorial de la ciudad de los verjeles.

Seguidamente a la autorización ritual del presidente, el amplio local es invadido por un público de obreros y de estudiantes en su mayoría. A pesar de su cabida, la sala resulta pequeña, y muchísima gente se ve obligada a quedarse en la calle, donde poco a poco se va aglomerando un enorme gentío, hasta tal punto que la circulación por la calle de Caballeros es casi imposible. Gritos, vocerío, protestas, discusiones, palabrotas... ¿ Qué sucede ? Bien se ve que hay algo importante que mueve a las masas y las invita a sacudir su apatía congénita.

Las mujeres no son las menos interesadas en lo que va a desarrollarse dentro de la Audiencia. Aunque en aquellos tiempos la mujer, sobre todo la española, no mostrase ningún interés por la cosa pública — mujer hoga-

V

ALENCIA, la tercera capital de España y la primera ciudad del mundo por su inmensa huerta, conservaba aún cierto carácter familiar pueblerino en el último tercio del siglo XIX, trazas de villorrio grande con aspiraciones, en donde todo el mundo se conoce y cuyos menores acontecimientos diarios se comentan en las tertulias de café y adquieren la categoría de sucesos importantes. Era la Valencia de los sainetes de Beltrán y Baldeví y de Escalante y de las novelas de la primera época de Blasco Ibáñez, despreocupada por los problemas que agitaban a la opinión pública de todos los países, tanto en el orden social como en el político. Valencia, en suma, rica y brillante, podemos decir que vivía de espaldas al resto de la nación y, consecuentemente, del mundo, destacándose, en su intimidad, algunos personajes y tipos pintorescos que formarían luego parte del anecdotario de la ciudad del Turia.

reña y de suyo pacifista — como se masca en el ambiente el espectáculo plazolero, hace acto de presencia para gozar de él, gratuitamente y sin riesgo, por las trazas.

Y entre frases malsonantes, a veces, y conatos de riña provocados por el calor que atiza el sol escalando el cenit, se oyen las risas claras, frescas y zumbonas del sexo femenino poniendo su pizca de sal fina a cada exabrupto de los hombres, y a cuya representación escénica sirve de coro el estallido de las carcajadas ruidosas de los espectadores neutrales.

La cosa no es para menos. Don Federico, el gran Don Federico, Don Fe-

Y Don Federico, sin inmutarse, y con gran respeto :

— Perdona la presidencia. No me dejó el señor presidente terminar la frase, cuyo final, puedo asegurar a la presidencia, es de lo más inocente e inofensivo.

— Prosiga, pues, la defensa... y no resbale.

— Sin perder el tono de su peroración forense, reanuda nuestro hombre :

— Continúa... Decía, señor presidente... señores jurados... que el asunto no hubiese tenido importancia si... otra cosa no hubiese dispuesto... la Divina Providencia...

El público de la sala, sin poder con-

por PUIG - ESPERT

derico el Grande, como ya se le tilda por el pueblo, que siente por él cariñosa adoración y simpatía, actúa en estrados defendiendo a un obrero anónimo hasta entonces.

Veamos lo que sucede. El presidente impone silencio a fuerza de campanillazos. El calor que se respira dentro de la sala aumenta la incomodidad de los que han logrado penetrar en ella.

— ¡ Silencio, he dicho ! Si continúan los rumores y los comentarios en voz alta, esta presidencia se verá en la dura necesidad de hacer despejar la sala...

Restablecido el silencio a duras penas, siquiera flote en el aire un ligero bisbeo, y después que el fiscal ha relatado los hechos y los ha calificado, el señor presidente dice, como corto preámbulo al conceder la palabra a la defensa, esto es, a Don Federico :

— Hemos oído el relato de los hechos acaecidos y la calificación fiscal : manifestación obrera, alboroto, desacato a la autoridad, varios municipales heridos de pronóstico reservado, tenencia de armas prohibidas... y, como responsable, como uno de los capitostes, el mayor, quizás, el sujeto que se sienta en el banquillo de los acusados. Tiene la palabra la defensa.

Sin apresurarse y con voz tranquila, pero solemne, empieza Don Federico :

— Con la venia de la Presidencia. Señor Presidente... Señores jurados : Mi discurso no será largo ni prolijo en detalles y circunstancias. Estoy conforme con todo el relato de los hechos ocasionales del proceso que nos reúne en esta sala : manifestación obrera de unas trescientas personas. La primera manifestación obrera en la historia valenciana que, procediendo a lo largo de las principales arterias de la ciudad, levanta la indignación de las gentes pacatas y molesta los castos oídos de la burguesía valenciana con la exclamación petitoria de : « ¡ Ocho horas de trabajo ! ; Ocho horas de trabajo ! » Una sencilla petición de la jornada de ocho horas que no hubiera tenido más consecuencias, a no ser por los elementos provocadores que...

El presidente corta la palabra al abogado defensor a campanillazos :

— ¡ Señor letrado, señor letrado... le ruego que no siga por ese camino !

— Obedezco, señor presidente... y prosigo : Decía... que dicha manifestación obrera, no hubiese tenido más consecuencias, si...

Más campanillazos :

— ¡ Señor letrado, le prevengo que, si continúa su informe de tal guisa, me verá obligado a imponerle una severa corrección, que podría llegar hasta privarle del uso de la palabra !

tenerse, revienta en una sonora carcajada.

A lo cual, el presidente vuelve a manejas la campanilla :

— Segunda amonestación al público. A la tercera, cumpla la amenaza de hacer despejar la sala la defensa... y le recomiendo que no se... « remonte » tanto.

Ocurrido lo cual, he aquí el breve discurso de Don Federico, con un solo aparte del presidente, que tiene la fuerza de conseguir la libertad del procesado por un delito que, en tiempos de vida paradisiaca, huele a chamusquina anárquica :

— Los hechos son exactos y no los contradigo... Pero, señor presidente, señor fiscal, señores jurados : en el banquillo infamante, se sienta hoy un honrado padre de familia, un inocente, si, un inocente, que responde al nombre de Juan Holganza. Acreditando su apellido, el titulado reo no trabajó en su vida ; el alborotador peligroso, nunca se levantó del lecho más pronto de las diez de la mañana, ni fué jamás tampoco a buscar trabajo a la plaza de la Virgen ; nunca ojos de contratista ni de patrono se fijaron en él, y sus brazos están limpios de culpa en el manejo de la azada, del pico o de la llana. ¡ Triste condición la de mi defendido ! ; Triste suerte la de mi patrocinado !... En su vida supo el bueno de Juan Holganza lo que eran callos en las manos ; en su vida se arriesgó a subir a los andamios ni a voltear ni arar la tierra... Diréis que todo ello es la condición de un maltrabajado, de un perezoso. ¡ De acuerdo ! Pero yo añadiré que todo ello, es decir, la holgazanería y la pereza, en sí mismas, no constituyen delictuosidad, no tienen forma de delito... Y llega un buen día que este buen hombre, Juan Holganza el bueno, arriesgando el todo por el todo, se lanza por esas calles de Dios pidiendo trabajar ; nada menos que ocho horas diarias ! cuando en toda su vida mortal no experimentó lo que era un minuto de fatiga. ¿ Se imaginan ustedes lo que supone en mi defendido Juan Holganza el trabajar ocho horas cada veinticuatro ?... Y por ello se le prende, se le encierra en obscuro calabozo y se le forma juicio ! Por una vez que quiere redimirse... la justicia se interpone en su camino y le dice : « ¿ Quiere trabajar ocho horas ?... ¿ Sí ?... Pues a la cárcel contigo. » (Rumores) Si la justicia procede de esta forma tan... graciosa, ya puede arrinconar su balanza en el desván y vender su espada a un chamarilero.

Rumores de aprobación, casi prelu-diando aplausos, que ataja la presidencia :

— No tiene enmienda el señor letrado.

— Ya termino, ya termino, señor presidente, ya termino. (Pausa). Señores jurados : pongo la mano sobre el corazón y preguntad a vuestra conciencia si es permitido condenar a un hombre por querer trabajar la primera vez en su vida... ¡ Y nada menos que ocho horas diarias !... He dicho.

Esta vez ya no puede el público reprimirse, y estalla en cálidos aplausos. Campanillazos de la presidencia hasta que consigue hacerse oír :

— Los señores juzgados se retiran a deliberar. ¡ Despejen la sala !

Mientras los jurados desaparecen por una puerta surtidora en el fondo del estrado, un ujier procede al despeje de la sala de audiencia, que abandona el público de mala gana, mientras comenta favorablemente el breve, pero magistral discurso de Don Federico.

Algunas personas más decididas se acercan a su ídolo y le estrechan la mano. Una mujer del pueblo le besa en la frente, diciéndole :

— ¡ Que Dios te conserve ese pico de oro, hijo mío !

Al cabo de un cuarto de hora escaso, el consabido ujier abre de nuevo las puertas de la sala y grita :

— ¡ Audiencia pública !

Un oleaje humano se precipita en el interior, saltando por encima de los bancos y atropellándose como ganado lanar.

Suena otra vez la campanilla presidencial, seguida de la voz del magistrado :

— Va a procederse a la lectura de las preguntas y de las respuestas del veredicto.

Se hace un religioso silencio. No se oye ni el volar de una mosca.

« ¿ Es cierto que el nombrado Juan Holganza pidiera trabajar ocho horas diarias ? : Sí. »

« ¿ El nombrado Juan Holganza trabajó nunca en su vida ? : No. »

« ¿ Es culpable, el nombrado Juan Holganza, del delito que se le imputa ? : No. » (Rumores)

Consecuentemente al veredicto, se decreta la libertad de Juan Holganza, libre de costas, las cuales serán pagadas de oficio.

La sala rompe en exclamaciones de entusiasmo, que tienen su réplica en la calle de Caballeros, atestada materialmente de gente.

El público se apodera de Juan Holganza y lo saca en hombros de la Audiencia, como a un torero en tarde afortunada. El griterío, confundido con los vivas a Juan Holganza y a Don Federico, llenan el espacio. La circulación queda interrumpida desde la plaza de la Virgen hasta el Trosalt.

Poco falta para que el mismo Don Federico no salga también a hombros del pueblo entusiasmado. Logra des- tramente escabullirse por un corredor hasta la sala de togas. Allí esperará hasta que pase la marejada.

Don Federico ha triunfado en toda la línea.

Un éxito más que añadir a su ya nutrido palmarés de defensor afortunado e ingenioso.



Valencia y su imprescindible falla.



LENEMOS la sensación de que no ha de considerárenos demasiados audaces si afirmamos, así tan categóricamente, que todas las épocas de la historia — aun las que hemos convenido en considerar como las más brillantes y fecundas desde el punto de vista de una estimación cultural — han engendrado sus peculiares toxinas espirituales. A veces, estas toxinas provocaron vastas epidemias; a veces, sólo alcanzó la in-

fición a reducidos sectores de la colectividad humana. Pero, felizmente, así como aparecen las enfermedades del sentimiento o de la razón, también surgen los médicos del espíritu capaces de un diagnóstico certero como de una terapéutica salvadora. También suele ocurrir, con harta frecuencia, que la magnitud del mal asume tales proyecciones que la presencia admonitoria de los clarividentes produce el mismo efecto estéril que el de una buena prédica en el desierto.

De las varias enfermedades espirituales que acometen al muy delicado organismo de la cultura, la más persistente, la que suele reaparecer con brotes de mayor virulencia, contagiosa, es la del fanatismo con su natural secuela de intolerancias y agresiones. La del fanatismo es algo así como la inevitable tifoida delirante o la no menos tradicional neurosis colectiva que se apodera de las gentes cuando caen en la órbita irracional de las explosiones guerreras o revolucionarias. Las contiendas feroces despiertan las más bajas pasiones aletargadas en los oscuros meandros psíquicos de « la bestia rubia ».

Lo que en épocas normales consideraríamos indigno de la condición humana, en la exaltación de las contiendas agresivas aparece transfigurado como si fuesen virtudes excelsas puestas al servicio de los ideales que las banderas facciosas simbolizan como justificación sentimental de los móviles reales o aparentes de la lucha entablada.

Estos fenómenos de exasperación individual o colectiva constituyen lo que se ha dado en llamar una patología de la cultura.

Los que son capaces de permanecer al margen del contagio, los que pueden estar « au-dessus de la mêlée », según la conocida frase de Romain Rolland, los héroes pacíficos, oscuros, solitarios, y además vituperados, por la osadía extra vulgar implícita en tal disconformismo hacia las aberraciones en auge consagradas ora por el Poder, ora por las masas, son los que denuncian el mal. Son quienes se disponen a combatirlo con las únicas armas con que cuentan: la voz y la pluma; más con ésta que con aquélla, pues a menudo la voz es enmudecida entre los muros de algún viejo reclusorio o de algún muy moderno campo de concentración.

Quienes nacimos en los albores de este 1900 de la era cristiana hemos padecido, en medio siglo, la experiencia muy acre de dos guerras mundiales. Mas estas guerras no han sido, como otras pretéritas, tan sólo contiendas de ejércitos no siempre muy numerosos, sino luchas de pueblos enteros, luchas totales; de tal modo que bien podemos decir que hemos llegado a la madurez de la vida respirando una atmósfera de permanentes guerras civiles, las cuales son, como lo hemos visto, mucho más feroces que las otras puramente militares en las que podían no participar los pueblos que gozasen la dicha de permanecer a cierta distancia de los campos de batalla. Estas guerras totales de hoy: de pueblos e ideologías contrastantes, son los mejores y más vastos caldos de cultivo donde pueden medrar las más bestiales aberraciones y proliferar las peores toxinas espirituales aptas para darnos el cuadro clínico de lo que llaman una patología de la cultura los filósofos alarmados que la denuncian.

La violencia desnuda tiene sus pudores, como los tienen hasta las meretricies en público. El antifaz o el taparrabos pudibundos suelen llamarse ahora ideologías, doctrinas, consignas, líneas, o cualquier otro residuo sentimental o filosófico expresado como esquema dogmático absolutista. Para defender — y más para imponer — estos residuos ideológicos, los métodos de la Inquisición, aun los que la leyenda oscureciera con su más negra fantasía, resultan juegos

pueriles comparados con los tormentos físicos y morales que cultiva nuestra época belicosa contra los herejes laicos y los « traidores » supuestos de toda condición y pelaje. En este sentido, con justificada vanidad progresista, podemos afirmar que hemos enriquecido con nue-

vas experiencias científicas las ya envejecidas y rudimentarias crueldades del anacrónico jardín de los suplicios judiciales.

En esta atmósfera caliginosa, se desarrollan una literatura y una filosofía, justificaciones sentimentales y hasta racionales de semejante fenómeno histórico. Merced a la sugestión de la prosa y del verso, los vicios aparecen siendo virtudes y las virtudes singulares, condenables debilidades repugnantes dignas de anatemas y de castigos. El escritor, si desea seguir viviendo como tal, ha de tomar posición en la lucha a merced de los triunfadores ocasionales; y como la lucha es general también en el plano del espíritu, no podrán sustraerse a las consignas normativas tampoco los pintores, los escultores o los músicos. El arte, como la filosofía y la ciencia participan del plan totalitario cuyas líneas arquitectónicas ortodoxas las fija el Estado. El disconforme es anulado por la fuerza o la indiferencia. Los creadores espirituales deben endosar el uniforme y, como los operarios en la gran industria, se convierten en autómatas, en disciplinados engranajes de un frío complejo y tentacular organismo mecánico destinado a una producción en serie. Nadie es alguien. Cada uno es una oscura

molécula del gran todo uniformador. Cierta vez, Unamuno afirmaba: « no hay opiniones, sino opinantes ». Esta exclamación individualista ahora no tiene sentido; en los países colectivistas hay opiniones, pero están de más los opinantes.

Dicen que la felicidad humana ha de nacer de esta nueva alquimia sentimental y racional. Tras una paciente y tenaz penetración pedagógica a cuyo servicio están sutiles instrumentos técnicos de propaganda, las toxinas invaden el cuerpo y el alma hasta saturarlos. El logro de esta saturación es la finalidad de las místicas políticas nacidas, paradójicamente, de las filosofías materialistas ateas, cuyos implacables sistemas dictatoriales suelen llevar el nombre —; vaya uno a saber por qué! — de « democracias populares ».

Para luchar idealmente contra esta especie « progresista » de nueva forma ha bien escrito Bertrand Russell sus « Ensayos impopulares » cuyo título anticipa irónicamente la posición del autor y la índole extravulgar de su contenido. Así como en el « Elogio de la locura » Erasmo quiso decir, de entrada no más, la amarga intención de su atrevido mensaje en momentos históricos bastante parecidos a los actuales.



ESPAÑA BRAVIA. — Ronda, la serrana.

UNA VISION CLARA DE LA CIVILIZACION

EN una edad y en un tiempo donde todas las esperanzas de la vida se cifran en el Padre Noel, desde su primer contacto con la escuela los niños de este país son puestos en antecedentes de :

« Hace 2.000 años nuestra patria se llamaba Galia y sus habitantes galos. La Galia era un país salvaje cubierto de bosques. Su población estaba dividida en pequeñas tribus rivales que se libraban continuas guerras. Los galos formaban, en efecto, un pueblo de bárbaros incultos, supersticiosos y extremadamente querellantes ».

Ignoramos la finalidad que persigue esta banal evocación, siendo particular que durante tres cuartos de siglo de práctica gratuita y obligatoria de la misma no haya determinado a un moderno Lavissee a escribir :

« Hace dos mil años nuestro país se llamaba Europa. Sus habitantes eran llamados europeos. Europa, surcada, se unió a la sola vida industrial. Estaba dividida en gran número de pequeños Estados enemigos haciéndose continua guerra. En efecto, los europeos formaban un pueblo de civilización elemental, aún supersticioso e inclinado a las disputas. »

De aquí a unos miles de años, los filósofos, al fin libres de prejuicios, no

estas precisiones ingresarán al almacén del humor para recreos infantiles, junto con el casco de Vercingetorix, el caballo de Atila, las plegarias de Santa Geneveva, el « Señores ingleses, tirad los primeros », el poder misterioso de las pirámides de Egipto, etc. etc. En esta reserva, la posteridad significada por Perrault, Grimm, Andersen, Mark Twain y algunos otros, tendrá posibilidad de prolongar argumentos que, si no consiguen el sabor de « Mi Madre la Oca » o las « Fábulas » de nuestra Edad Media, adquirirán, cuando menos, influencia en la vida pública.

Los problemas entonces preocupantes serán de otro orden de grandeza. El Hombre desarrollado como tema será

por **PABLO RASSINIER**

dejarán de extrañar que en el siglo de la bomba atómica el hombre háyase revelado inapto en cuanto a los acercamientos y a las transposiciones aconsejados por los tiempos. Sin duda aducirán en su descargo que, si ya no hay miedo de que el cielo se desplome sobre su cabeza, permanece aún aplastado bajo la Eternidad, y que, habida cuenta del balance de conocimientos establecidos, los fenómenos que jalonan aquella se le aparecen en perspectivas muy restringidas, y marciales en demasía. Rejuveneciendo la teoría de los infinitamente grandes y de los infinitamente pequeños, dichos filósofos diseñarán a sus contemporáneos el retrato de un ancestral prisionero de su propia dureza y en cuyo espíritu, entre un pasado y un futuro idénticamente abstractos, el presente concreto produce una inevitable solución de continuidad. Bien entendido, se ocuparán de la actualidad con la misma condescendencia generosa o inmodesta de que nosotros hacemos gala con referencia a los primeros jefes de línea que somos, o nos consideramos, al lado de Neanderthal o de Cromañón.

Los historiadores se sumarán a los filósofos. Descendiendo al alcance de todos los entendimientos, traducirán al lenguaje popular razones y computaciones. Por ejemplo, establecerán una escala histórica de acontecimientos y dirán que si el hombre no ha identificado en ella el pasado ni el presente, es que no ha sospechado siquiera su existencia. Preocupados por ser comprendidos, quizás abreviarán con esa forma imaginaria : no abarcando el hombre el vasto lienzo sobre el que el film se desarrolla, con mayor razón no pudo distinguir los personajes, resultando normal que el sentido de la comedia humana escapara a su percepción.

Analizando la arqueología de nuestra época, unos y otros se acogerán a los documentos obtenidos, y estimando a aquellos sagaces cabe esperar que considerarán caducada la Historia oficial, siendo la política inspirada en los hechos y no en las interpretaciones impuestas y capciosas. Siendo en ese clima de rebúsqueda de lo verdadero que puede darse el caso de que noten que Churchill llevara un cigarro puro constantemente en los labios, Hitler un bigotillo a lo Charlot (acentuando un cinismo de gran envergadura), Stalin un cuchillo entre dientes, Mussolini... la Petacci, Herriot una pipa y la Cristiandad una civilización dicha del Derecho. Pero el mundo no mantendrá ya su equilibrio sobre la punta naricera de Cleopatra. Por interesantes que sean,

satisfactorio. Aquí — pensarán los cirujanos tras haber accionado con el bisturí y el antiséptico — una civilización ha muerto. Estudiando una segunda erupción de esas, se apercebirán de que la civilización solamente cayó por vez primera y, habiendo conseguido reincorporarse, se puso a andar, ranqueando, en demanda de cielos más clementes que creyó haber encontrado, y florecido, y expandido, para caer de nuevo, extenuada, sobre el mismo fardo de revoluciones malogradas y de guerras más o menos ejecutorias y sin resultado satisfactorio debido a los motivos de siempre. Prosiguiendo sus investigaciones, de flemón en flemón, llegarán a reconstituir, a la escala del planeta, un gran camino de cruces que dará la vuelta al mundo en dirección doble.

La primera evidencia que aparecerá de estos trabajos es la de que la Civilización, concebida en única, es, no obstante, múltiple y muy diversa en sus formas simultáneas o sucesivas y que cada una de ellas — tal vez en una instintiva y secreta esperanza de renacer más allá y a su antojo — se resigna a morir en el lugar donde naciera por resistencia a transformarse, o plegarse a las exigencias conjugadas del Progreso y la Naturaleza.

La segunda evidencia es que, de las hordas a los imperios, existen, al menos, dos dominios en los cuales la Civilización ha permanecido rigurosamente parecida a ella misma : la estructura de los grupos humanos en sus justificaciones, y las circunstancias de las revoluciones y las guerras. En efecto, no se aceptará como reforma fundamental de la institución el hecho de que la familia gala haya vivido en la choza igualitaria y la familia americana en el rascacielos, o que la familia islámica haya sido polígama y la cristiana monógama. Igual que en los tiempos de las chozas galas existían ciudades y palacios en la rivera oriental del Mediterráneo, así en los tiempos de los rascacielos existen, en la vastedad del mundo, pocilgas, barracas y casuchas que nada tienen que envidiar a las chozas galas y que, en cuanto a la poligamia y a la monogamia, ambas son instituciones de todos los tiempos.

Tampoco ventaja alguna podrá establecerse a favor de la navegación a vapor, los ferrocarriles, el automóvil y la aviación como testigos de diferencias

esenciales en su origen y naturaleza ; ni entre el Estado de los señores Roosevelt, Churchill, Hitler, Mussolini, Stalin o Franco, con el de Napoleón, Catalina II, Richelieu, Carlos V, Carlomagno, César, Ramsés II, Felipe de Macedonia, Alejandro, Cyrus, Licurgo y Solón. La noción de Estado que habrá atravesado las edades — hasta nosotros, por lo menos — y que se encontrará intacta en todas las altitudes, es una mezcla estudiada de Licurgo y de Solón, apenas tintada con aportaciones platónicas.

Espartaco, las Jacquerias, el juramento de los Iguales, la guerra de los campesinos de Alemania, la querrela secular de los Wu y los Chang en China, la guerra de Secesión americana, resultarán fenómenos idénticos acaecidos a una escala material diversa.

Se admitirá sin discusión que el Imperio griego nacido de la guerra del Peloponeso, sucumbió a causa de otras guerras en provecho de Roma. Las guerras púnicas y la conquista de las Galias no adquirirán interés sino en la medida que fueron útiles a la preparación del terreno a Constantino y a Carlomagno, los cuales se borraron, a su vez, ante el Santo Imperio romano y germánico. Se dirá que las guerras europeas de los siglos XVII y XVIII consagraron la muerte del Santo Imperio en provecho de la Mancomunidad británica, la cual va muriendo en beneficio de Washington o de Moscú.

Nadie pretenderá ya, en este microcosmos que es la rama helenista de la Civilización, que la hora de Europa sonará en el reloj sideral. Y nadie tampoco pretenderá rediviva la hora del indostánico, del chino o del incaico. La Civilización atraída a los grupos humanos, a sus desplazamientos y proliferaciones, se nos aparecerá cual cáncer gigante injertado a la naturaleza humana y cebado por las guerras. Es decir, que éstas serán situadas en el centro de todos los debates en los que el hombre de los tiempos futuros se buscará a sí mismo y tratará de representar su ser colectivo mediante el estudio del pasado.

¿ La distancia que nos separa de esa edad de oro del pensamiento ? Precisamente todo el problema radica aquí : ante todo precisa inventariar los elementos susceptibles de proporcionar una respuesta.



« EL DISCURSO DE LA ULTIMA SUERTE »

el mundo es así

por ZENON

se advierte tonto, ese es tonto perdido, tonto de capirote, irremediamente tonto, tonto de remate, tonto inmortal.— Anselmo Zubizarra.

SUTILEZA. — ¿Sabéis lo que no va bien ni puede aceptarse del teatro actual? Antes de esta época el actor aspiraba a ser « vedette », pero ahora las « vedettes » se esfuerzan por ser actrices o actores. — André Cayatte, célebre director de escena.

PRO-SOLTERONAS PARA QUE DEJEN DE SERLO. — Muchos obispos añaban el propósito de la obra « Un problema de interés mundial » de Miguel Razquín, que estudia el problema de los 85 millones de solteronas que hay en el mundo. — « El Mensajero » de Bilbao, marzo, 1957. (Publicación de los jesuitas.)

OCHENTA MIL KILOMETROS SIN CARBÓN NI ELECTRICIDAD. — En un comunicado que se refiere a las hazañas del submarino « Nautilus », los constructores hacen constar que las 3 mil toneladas del sumergible han podido flotar bajo los mares sin novedad en el curso de 80 mil kilómetros a base de la energía desprendida de un trozo de uranio menos voluminoso que una bombilla eléctrica. — Prensa, 24 febrero 1957.

EN EL REINO DE UN AMIGO DE FRANCO. — Los negreros que eligen sus víctimas entre la población rezagada y aislada en plena intemperie hostil, organizan una afluencia de africanos negros al Hedjaz para esclavizarlos. Pero según testimonio de Gravière, quien se vale de una información de la ONU, el número de esclavos en Arabia llega al 5 por 100 del censo total del país (amigo de Franco). — Prensa del 22 febrero 1957.



feliz, cursos periódicos escalonados en la televisión. — R. Pey, prensa continental del 22 enero 1957.

FELICIDAD Y ANTIPARRAS. — A menudo se busca el bienestar que ya se tiene, de la misma manera que el distraído busca las antiparras que lleva puestas. — Gustave Droz.

INGLATERRA Y AMERICA. — Van a sucederse en Norteamérica unas cuantas semanas dedicadas sucesivamente a una actividad que se supone deseable con carácter nacional: Semana de la Sonrisa, de la Risa, de la Amistad, de la Vista protegida, del Salmón en lata, Semana para hacer reír después de la Semana para reír, etc. Hay distintas maneras de reír. Hay risa maliciosa, siniestra, radiante, sardónica; pero por lo que respecta a hacer reír al prójimo no es cosa fácil. ¿Cómo va a reaccionar el que oye por centésima vez chistes o historietas que el ciudadano ocurente va a repetirle a media voz? Tendrá necesariamente que reírse o pasar por saboteador. Los millones de la gran democracia americana van a ofrecernos en 1957 un ataque de histeria generalizada. — « The Times », Londres.

INUTIL EXPERIENCIA. — La humanidad habría de servirse de los 6 mil años que tiene de experiencia, pero vuelve a la infancia cada generación. — Tristán Bernard.

FILOSOFIA DEL TONTO PERDIDO. — No es tonto del todo el tonto que se reconoce tonto; pero el tonto que no

sé — ante la desorbitada mujer de Puffitar. Roberta se impone a Miguel. O se deja seducir o queda sólo en tierra y en pleno desierto. El tímido Miguel observa el ambiente glacial en hora tan refrigerada y se deja seducir. Pero unos vigilantes guardias de paso dan fin a la aventura tan excesivamente tímida en plena naturaleza. El tribunal aplica una pena paralela: 50 mil francos de multa a cada contraventor. Un hombre debe resistir a la tentación — se viene a decir — tomar un taxi en caso de apuro y escapar. — Prensa del 25 febrero 1957.

LA RIQUEZA Y LA GUERRA. — Cierta rey sucesor de Salomón recibió la visita del embajador de Babilonia. Judíos de Salomón y babilónicos no paraban de ensalzar el país respectivo. Como el personaje de Babilonia extremara alabanzas dedicadas con entusiasmo a su país, el jerarca judío se exaltó hasta el punto de invitar al de Babilonia a visitar un subterráneo repleto de riquezas. El babilonio regresó a su país y explicó el cúmulo de cosas de valor que había visto. La codicia de Babilonia fué tan violenta que no tardó en declarar la guerra a los judíos, cuyo país era poco fuerte. Israel quedó arrasado y despojado de sus riquezas, además de ser los judíos conducidos como cautivos o prisioneros a Babilonia. — « Le Régne de la Justice et de la Vérité, journal philanthropique et d'éducation altruiste », Paris, 25 mayo 1952.

GENIAL TOSCANINI, ULTIMO ROMANTICO. — Cuando vine por primera vez a América del Norte los compositores no tenían técnica. Ahora tienen técnica, pero no corazón. La música italiana demuestra que no tenemos nada que decir, pero cantamos. La música francesa es una caricia, no una violación. La música alemana es una violación, no una caricia. — Prensa italiana recordando la vida de Toscanini y sus tremendos juicios (como los copiados).

PEPITAS DE ORO. — Grave compromiso es orientar, pues hasta la brújula tiembla al señalar el norte. Muchas veces es preciso resignarse a una locura parcial si no queremos caer en la total. No hay alabanza mejor que la detracción promovida por un tonto. Es tan limitado el ser que no hay nadie que reuna en sí ni siquiera todos los defectos. Los hombres dicen a veces tonterías, pero sólo los tontos las dicen en serio. Muchas cosas serían posibles si nuestra cobardía o nuestra pereza no nos hiciera tenerlas por imposibles. — De unas hojas de calendario mural.

DISECCION UN POCO APRESURADA. — Se trata de liberar de engorrosos complejos al americano medio, « niño grande, repelente sexual de sí mismo y sentimental ». Se trata también de salvar a la americana, « difamada, incomprendida y desgraciada como una piedra ». Diez puntos esenciales hay según la patología recetaria de una europea que empieza por querer corregir al sexo feo. Ahí van los diez puntos: 1.º El americano una vez casado cree tener para siempre la afición de la mujer. 2.º Convierte a la mujer en fetiche inabordable o en fría camarada. 3.º Se siente más inclinado a triunfar en su vida que a la felicidad conyugal y no es capaz de concebir el amor más que como agresión. 4.º Cree que ni el mismo diablo es capaz de saber lo que encierra una mentalidad de mujer. 5.º Supone que le comprenden todas las mujeres, menos la suya. 6.º Es más capaz de obsequiar a su mujer con un abrigo caro que con un ósculo. 7.º Querría que se pareciera ella a Marilyn Monroe. 8.º Ofrece bombones de chocolate a la consorte, que prefiere ser obsequiada con flores y sigue un régimen extraplánico para adelgazar. 9.º Entre una cena para hablar de negocios y una velada junto a su pareja se decide el marido por la cena. 10.º Espera y desea que la esposa se ponga los pantalones (en sentido figurado). Todo esto se remedia, según la marisabidilla europea (que dice descubrirlo en la vida americana) a base de cursos para ser

POCO HABLA EL QUE COMO ESTE SABE LO QUE DICE. — El infierno es el único don que los dioses otorgan al hombre. — Epskin Caldwell, escritor americano.

ETERNA BURGUESIA. — Hay una burguesía que no cederá jamás y que no será destruida por ningún sistema político. Se transforma un régimen gubernamental o la manera de producir y repartir, pero no se halló todavía la manera de evitar que acá o allá explote un hombre a sus semejantes. En nuestra época se llama eso burocracia de partido o destino de funcionario público. Se introduce en el nuevo orden como se introduce un roedor en el queso. Come cuando los demás ayunan, va en coche cuando los otros transitan a pie, posee un chalet, pero sus semejantes ocupan un sotabanco. Cuando brota y asciende la cólera desde la calle, da orden el altivo funcionario de hacer fuego en nombre de los principios, como Thiers daba orden de disparar (contra los revolucionarios) en nombre de los ricos. ¿Que todo esto es literatura? Bien. Pero es lo único que puede enfrentarse sin desdoro con « Los Miserables » de Víctor Hugo y con la frase de Enjobras, más genial que todos los libros de Marx: « Se es burgués o no se es burgués ». La burguesía es una vocación, un estado del ánimo. No habrá revolución decisiva mientras no se cambie el corazón humano. — Morvan Levesque, « L'éternelle bourgeoisie », artículo de « Le Canard », 16 febrero 1957.



CINISMO TRANQUILO, PERO NO TRANQUILIZADOR. — Si usted, señor mío, cree que para su bolsillo soy una entretenida demasiado cara, ¿qué espera para fundar una pequeña sociedad? — Sim, « Le hérisson », 14 marzo 1957.

LA NAVAJA EN LA LIGA. — Impresionado por el número creciente de crímenes en España, pidió el senador conde de Peña-Ramiro en la tribuna parlamentaria del Senado que se incautara la policía de todas las navajas habidas. Sólo en Madrid se han confiscado tres mil. Añadió el senador que era preciso sacrificar la galantería a la seguridad y actúa ahora mismo un grupo especial de mujeres registrando las ligas de las ardientes españolas y buscando navajas. — « Gil Blas » de París, 23 julio 1908.

MENOS MAL... — La señora de compañía de Cécile Sorel es hermana del canónigo Jourdan, capellán de Nuestra Señora de las Victorias. El tal capellán se aplica a tan tremenda responsabilidad como es la sostenida conversión de la gran actriz. Se queja el canónigo de la falta de clérigos y de que resulta más difícil por cada día reclutarlos. « Menos mal — dice Cécile Sorel — que afortunadamente estamos ya convertidas ». — « Le Journal du Dimanche », Paris, 10 febrero 1957.

PAPELES TROCADOS. — Miguel es un joven de veinte años, rubio, delicado, frágil y tímido. Roberta es una chica de veinticinco. Seguramente no resulta Roberta el verdadero ideal para cualquier suspirante que se sienta atraído por la débil gracia femenina. Al regresar Miguel y Roberta a sus respectivos domicilios saliendo los dos a hora avanzada de una fiesta nocturna, y como ella tiene coche, invita a Miguel a servirse de él pues quiere acompañarle hasta la misma casa. Accede un tanto apurado Miguel y se acomoda junto a Roberta, la cual haciendo una serie de misteriosas evoluciones sigue camino arbitrario por una alameda desierta. Para ella el coche de pronto. ¿Qué ocurre inmediatamente? El relato de Miguel tiene extraordinario parecido con el de aquel adolescente renombrado — Jo-



Paris, visto por Lamolla.

EL ARTE y LA VIDA



ESDE los mismos comienzos del arte, puede comprobarse como se mezcla en todas las formas de la actividad humana. Nacido de las necesidades de la vida, no deja de tener por eso un alto alcance espiritual; tiene por punto de partida lo real y por finalidad el ideal. El arte ejerce una influencia tan profunda en los individuos, que las religiones y las morales de él se han amparado para imponerle sus dogmas, pero por encima de unas y otras queda la belleza de la obra, que condena la absurdidad y la fealdad. El valor supremo del arte consiste en transformar hacia una vida mejor, más bella que la vida real, las pasiones y los vicios que describe. El arte no consiste solamente en las obras que pueden verse en los museos; en las partituras musicales, en los libros o en las obras teatrales; está también en los actos del individuo, cuando estos actos se hallan impregnados de belleza. La armonía que contiene toda obra de arte sincera y duradera pasa a la vida, para enriquecerla y ennoblecerla. Una vida puede ser una obra de arte al mismo título que un poema. Una vida proyecta hacia el exterior la riqueza del ideal que contiene, del mismo modo que la obra del artista inspira amor y simpatía al que la contempla, y que esta contemplación nos hace mejores.

El hombre sólo es un ser libre y so- ciable por el arte que pone en su vida y la vida que pone en su arte.

Es entonces cuando se encuentra rea- lizando en él ese estado de alma que he designado, hace ya unos sesenta años, con el neologismo **artistoeracia** (1). (No confundir con aristocracia).

« La aristocracia — decía yo enton- ces — consiste para cada individuo en hacer de su vida una obra libre y des- interesada, por encima de todas las li- mitaciones y de todos los partidos ». Lo que implica para él el deber — aquí la palabra deber tiene un sentido — de accionar y pensar por el mismo, esca- pando así al influjo de lo social, cuya forma más baja es la mediocracia o re- baño de imitadores y de imitados, de amos y de esclavos, de explotadores y de explotados, no importa la profesión o clase a que pertenezcan, sean ricos o pobres, sabios o ignorantes, intelectuales o manuales, pensando y accionando en grupo, obedeciendo a palabras de orden y desprovistos de personalidad.

En esta mediocracia de derecha, de izquierda o del centro, se alistan los arrivistas de toda índole, los indeseables de todos matices y los gangsters más di- versos, comiendo en todos los pesebres, nadando entre todas las aguas, apos- tando con todos los cuadros y jugando todos los dobles juegos, evitando todos los peligros pasando por encarnar el ho- nor y la virtud; moralistas vulgares, profesores con energía a la nuez de co- co, socialistas en piel de conejo, comu- nistas de lo absurdo, energúmenos rene- gándose a lo largo del día, partidarios de no importa que pueda reconciliarse con la cantina, sobre el espinazo de los contribuyentes, después de haber cam- biado muchos porrazos, dejados por la cuenta de todas las « aglomeraciones », vendiéndose al recién llegado siempre que se ponga el precio deseado; funcio- narios cuya inconsciencia profesional salta a los ojos, más apresurados de servir que en servir al público, merca- deres de la alza y de la baja, ham- breadores del pueblo con su complicidad, acaparadores, defraudadores, hara- ganes, escuderos, falsificadores y otros malhechores, inocentados por la justicia, dictadores de grande o pequeño pie, inca- paces que elaboran planes y programas miríficos y cuya impotencia sólo iguala a sus pretensiones, pedantes engreidos de su persona y tullidos de vanidad, mo- nederos falsos del pensamiento que apro- vechan de su influencia sobre las mas- sas con el fin de embrutecerlas, falsos sabios y artistas falsos que dan la ilu- sión del talento, y aun del genio, merced a una publicidad vergonzosa; verbó- manos que hablan para no decir nada, y cortar los cabellos en cuatro; perio- dísticos a corto de copia pero no de chantaje, patriotas de gabinete que ha- cen la guerra con la piel de los otros, politiqueros de negocios a sueldo de la finanza, prometiendo más manteca que pan, pero sin dar una ni otro al elector « inconsciente y organizado », causa él mismo de su propia desdicha, demasia- do tonto aún para sacudirse del yugo de esos tartufos. Resumiendo, todo un mundo corrompido, anormal y paradójico, viviendo de expedientes, compuesto heteróclito de cadáveres ambulantes encarnizados a perjudicarse entre ellos, bailando la misma danza macabra, desde lo alto a lo bajo de la escala social,

(1) En mi libro *L'Idéal humain de l'art* (El ideal humano del arte), ensa- yo de estética libertaria (Ediciones de la revista: « La Jeune Champagne », 1896), tesis que he sostenido y desarro- llado después en una cincuentena de obras, desde « La découverte de la vie » (El descubrimiento de la Vida) hasta « Visages de ce temps » (Figuras de nuestro tiempo).

e incluyendo al lampista que paga por todas las ollas rotas y representa el ca- beza de turco, víctima de su indiferen- cia y su pasividad.

Es en esta coacción de eunucos, de vanidosos, de retorna casacas, de lame- dores de lotas, que se fabrican leyes y códigos que restringen a su provecho la libertad de quienes como ellos no pien- san, los otros teniendo necesidad de ser conducidos a estacazos, puesto que no saben gobernarse a sí mismos.

La mediocracia ocupa todos los luga- res, tiene todas las palancas de mando, decide la paz y la guerra, ésta mucho más que aquélla, y mantiene alto y firme el orden público que no es más que un desorden organizado.

La mediocracia, es el confusionismo reinante, las palabras careciendo ya de su sentido, es la botella de tinta, es el mundo al revés, es la psicosis colectiva que transforma a los individuos en can- nes rabiosos o perros acostados. Todo en este mundo está falsificado, desnatura- lizado y desfigurado por la gente que gobierna o que se deja gobernar (2).

Esta sociedad sin arte, sin belleza y sin armonía, que tenemos ante los ojos, en donde el bluf y el arrivismo han sustituido a la verdadera originalidad, ésta sólo apareciendo por intervalos, se debate en las ansias de la muerte, ha- ciendo lo imposible para consolidar por todos los medios en su poder a su fa- chada vacilante. Terminará por des- truirse a sí misma, a puro de excesos y de locuras, la técnica de la cual se muestra tan orgullosa, empujándola un poco más cada día hacia la nada.

Huyamos de esta mediocracia sin alma, guerrera, moral, social, económica u otra, en la cual todo el mundo me- rodea, roba, asesina, denuncia y calum- nia. Rehusemos nuestra participación a sus placeres y sus querrelas. ¡ Nuestro lugar no es el suyo !

No nos asombremos de que la socie- dad marche tan mal, el arte habiendo sido separado por ella de la vida. La sociedad tiene otras preocupaciones.

El arte y la vida son una sola y mis- ma realidad. Quien los separa los mutila. Sólo queda entonces un grosero bosquejo, testimonio de una sociedad cuya decadencia nada tiene de grande. Frente a este rebaño de brutos, de in- conscientes y semilocos, de quienes de- pende la suerte del planeta, la **artisto- eracia** se levanta como una protesta viva, élite de todos los hombres libres de todos los países, que se niegan a aullar con los lobos o a balar con los corde- ros. Ella parece vencida, pero su resis- tencia a la bestialidad no es por eso menos eficaz, y constituye un dique con- tra esta marea ascendente de lodo y de sangre que amenaza sumergir a la tierra entera, con el apoyo de la máqui- na vuelta entre las manos de la medio- eracia, abastecedora de muerte y tor- turas.

Por encima de todas las politiquerías y de todas las combinaciones, de las pasiones mezquinas y de los intereses sórdidos de todo cuanto rebaja al hom- bre y lo disminuye, el arte es la sola disciplina, el solo ideal y la sola verdad a las cuales todo espíritu libre se une. La vida del arte y el arte de la vida se completan y se interpenetran, encarnan las más altas virtudes espirituales, que representan el signo del hombre. Le ayudan a esculpir su propia estatua, a

(2) Para más amplios detalles, se pue- de consultar mi libro: *Figuras de nues- tro tiempo* (Figuras de mentira, Figu- ras de odio, Figuras de locura), en don- de están expuestas sin circunspecciones de ninguna clase, las mediocracias de los tiempos actuales.

por Gerardo DE LACAZE-DUTHIERS

perfeccionarse sin cesar, en un sentido siempre más humano. No existe más progreso en el mundo que ese progreso interior, ejercido por la incidencia sobre el mismo para escapar a la mentira y reformar su mentalidad. Todo otro pro- greso es un embaucamiento y una ilu- sión.

Aparte de la civilización del arte, no hay civilización posible, sólo existe una caricatura de civilización.

En lo sucesivo es el arte el que será el juez supremo de las acciones huma- nas. Reemplazará a la moral conformis- ta del pasado, hipócrita y disimulada. Se apreciará en lo sucesivo el valor de un gesto o de un sentimiento, según el arte que los habrá transfigurado y transformado. Con el arte no hay vicio ni virtud. Sólo existe la vida, con su ri- queza y su variedad. Con el arte existe el hombre y no el autómatas. Existe el libre pensador y no el ciudadano domes- ticado. Existe el creador y no el imita- dor, que machaca las fórmulas pre- fabricadas que sus educadores le han transmitido. El arte le libera de las ca- denas que lo oprimen. Le arranca de su egoísmo y le armoniza con el mundo entero. Haciendo de su vida una obra de arte y poblándola de obras de arte, el individuo se libera de lo social, que invade su personalidad. El hombre no es verdaderamente hombre en el senti- do viril de la palabra, sino es ante todo un artista, duplicado en hombre libre.

El arte, en definitiva, revela al indi- viduo a sí mismo, revelándole a la vez el sentido de la vida. El arte recrea su

vida en belleza, ofreciéndole la imagen viva de esa vida que sueña vivir, quan- do comprende que por encima de la existencia mediocre y rastrera, que le impone la sociedad, existe otra, más real y más luminosa. Si todos los hom- bres fuesen artistas y todos los artistas fuesen hombres, el mundo tendría otro aspecto que el que tiene en nuestros días.

El arte es la última liberación del ser humano, su redención y su salvación. Mediante él, escapa a la bestialidad gregaria y se realiza plenamente. Una nueva vida comienza así. El ideal esté- tico o el arte del vivir — creación o contemplación de la belleza — es el solo susceptible de aportar a los hombres la felicidad que buscan vanamente por do- quier. Todo otro ideal es sólo un suple- faltas y una mentira.

Seamos artistas en toda nuestra vida, pongamos en el arte lo mejor de nos- otros mismos, armonizando nuestros ac- tos y nuestros pensamientos. Y que el arte que creamos o que contemplamos, quede en el seno de las tristezas de la hora como el único refugio que nos salva de la desesperanza. En él, el amor, la verdad y la libertad se confunden. Extraigamos del arte la fuerza de resis- tencia hacia algo de cierto, al encon- trarnos en el seno de los elementos, pa- ra contener y sobrepujar las fealdades de una sociedad sin belleza, perman- ciendo al margen de su agitación y vi- viendo, en fin, como hombres libres y no como veletas enloquecidas por el viento.



Humor parisino.

EL HUMORISMO DE PEREZ DE AYALA

Dejo para el final a esta mujer, porque la considero como el principal personaje de la obra y quiero cerrar estas consideraciones con un comentario sobre tal basilisco.

Doña Micaela, madre de Urbano, era una « mujer por filo de los cuarenta y cinco, poco más o menos ». Se nos presenta « vestida con peinador blanco, bastante descotada... el pelo suelto por la espalda, pues sufría de jaquecas; perfil aguileño y enjuto — muy parecido al del Dante — con la piel como ahumada y color cordobán, adherida al hueso; ojos atrincherados, duros y alerta ».

He aquí un carácter de mujer en extremo interesante. Creo que una comparación del carácter de este personaje con los de « Doña Inés », « Gloria », « Juanita la Larga » y « Pepita Jiménez », no significaría pérdida de tiempo. Las diferencias pondrían de manifiesto la multiplicidad de caracteres femeniles que encierra la novela española moderna, así como también la originalidad de cada uno de ellos. Tenemos aquí una especie de doña Perfecta, más seca y rígida que la otra, cuya voluntad es ley soberana a la que es preciso someterse sin discusión alguna.

Este carácter inflexible — bien me sé que exagero un tanto — trae a mi memoria el recuerdo del arcángel San Miguel, el de la flamígera espada, siempre dispuesto a aplicar la justicia y a hacer que se la acate.

Tentaciones siento de pensar que nuestro autor, al dar a esta mujer el nombre de Micaela, vió en ella un como San Miguel con faldas, que se opone al pecado y que ansía que la virtud reine por doquiera, esto es, lo que ella cree que es virtud.

No necesito decir que veo en este personaje un ser desequilibrado, dominado por la idea fija de rechazar el vicio, tal y como lo había contemplado en su casa en los días de su infancia, cuando vivía al lado de su madre, viuda y un tanto ligera, que se daba a buen postor. A esta idea fija, que amarga su existencia, se añade la estrechez de sus creencias religiosas y la ausencia de todo ardor sexual, cosa ésta que había hecho agrio su carácter hasta el punto de convertirla en intolerable. No nos extrañemos al ver a su marido buscar en casa ajena el placer que no halla en la suya.

III. — EL OMBLIGO DEL MUNDO (1)

Esta novela comprende, en realidad, tres obritas. Por ello, conviene establecer una separación estricta, aunque las tres se incluyen en la que lleva por título « El Ombigo del Mundo ».

A) Grano de Pimienta

El valle de Congosto abunda en personajes curiosos y, en cierto modo, originales. Veamos, ante todo, al héroe de la primera novelita, a Perico Navedo, cuyo nombre y apellido han sido oscurecidos por el mote Grano de Pimienta.

Debía este motajo, nos dice el autor, a « su rostro menudo, moreno y ardiente ».

Pienso que lo debía, en gran parte, a su carácter alegre y travieso en extremo. Era diestro en el arte de hacer jerguetas a los demás. Citaré sólo dos bastantes sabrosas.

Un sacerdote llamado don Bonifacio Ubaldo Rodríguez Rubi, tenía por costumbre firmar con las iniciales B.U.R.R. Un día, al lado de la firma del grave sacerdote, a quien motejaban « Cuatro quintos de la verdad », apareció esta leyenda: « Cuatro quintos de la verdad ». Falta la o final, lo que hubiera dado burro. Lo peor es que el diablito decía verdad.

En otra ocasión, en una inscripción donde se leía « cepillo para el culto del santo » — se trata de San Expedito — Grano de Pimienta borró la t de la palabra culto y el resultado, como imaginarse puede, no fué muy del agrado del bueno de « Cuatro Quintos de la Verdad », cura de la parroquia y hombre sesudo y grave.

Es posible, repito, que el nombre no se deba al color de la cara, pero creo que la vivacidad de su carácter y el ardor de nuestro personaje han contribuido no poco a la formación de su apodo.

Este jovencuelo estaba enamorado de Elvira, llamada Cerecina, apodo que vale todo un retrato: « roja, radiante, parece que en lugar de piel tiene una ligera película, en amenazadora tirantez, como un globito de goma de esos

(1) Editorial Losada, Buenos Aires, 1941.



STE preceptor tan púdico sentirá un día revivir su sexualidad dormida al contacto de la buena Conchona. Este nombre aumentativo nos hace pensar tanto en una mujer corpulenta y recia como en alguien dotado de fuerte sexualidad.

En efecto, si las gracias de Simona, gateja mimada y consentida, que nada nos dice de particular, pueden despertar a Urbano de su letargo sexual, la energía física de la Conchona, criada concienzuda, abrirán a don Castulo, hecho nuevo hombre, las puertas de un nuevo paraíso.

El padre de Urbano, « testa rapada, rostro oliváceo, barbas de acero; cabeza de hugonote vencido », se llamaba Leoncio, pero no hacía honor a su nombre, ya que nada tenía del cachorro de león. Este hombre, que busca el propio placer en brazos de una querida, no es sino la víctima resignada y fatalista que sufre en silencio a su mujer, esto es, la aguanta, ya que no puede levantar el grito contra la poderosa e intratable doña Micaela.

por J. Chicharro de León

de los niños, que en lugar de estar inflado de hidrógeno lo estuviere de jovial humor sanguíneo. — Es una alegria primaveral reprimida, a punto de agrietarse y supurar miel, o de hacer explosión, linda, fresca, sabrosa ».

Este retrato corrobora lo que tantas veces he dicho: que la correspondencia entre el mote y la morfología íntima de los personajes es perfecta. En efecto, este remoquete de la muchacha nos hace pensar en una cereza fresca y agradable al paladar.

Notemos además que, a partir de la obra antes analizada, esto es, « Luna de miel, luna de hiel », el nombre propio queda oscurecido por el apodo.

Este hecho nos lo confirma aún otro personaje, llamado Celedonio Padrones, motejado Mil Perdonos. Se trata de un joven « espetado, ceremonioso y esclavo de la etiqueta » nos dice el autor. Este ser ceremonioso « a cada frase pedía mil perdonos » al interlocutor « sin venir a cuento ».

De aquí el remoquete. El retrato vale bien el motejo: « era enjuto y aventajado de estatura, piel cobriza, nariz acarnerada, labio befo, párpado indolente, bigote lunado, como la cornamenta de los toros de lidia. En el trato social puntilloso de la dignidad, del decoro y del propio respeto ».

Es el rival de Grano de Pimienta en los amores de Cerecina quien, pese a la oposición de su autor, el inefable « Padre Eterno », acaba por casarse con el simpático Grano de Pimienta. El mote dado al buen cura se explica bien, pues dice misa en la iglesia llamada en todo el valle de Congosto la Madre Eterna.

Notemos, al pasar, la manía tan española de dar motes en los pueblos y capitales de provincia, no sólo a las personas, sino también a los animales y hasta a las cosas. Inútil decir que Pérez de Ayala, fino y agudo observador, sabrá sacar partido de todos esos detalles que la realidad de cada día le ofrece en el umbral mismo de su puerta.

El tercer cura que se nos ofrece es don Felipe Bonacil, llamado el Gran Turco, porque era presidente de las Hijas de María, congregación religiosa de Congosto. Los turcos tienen un harén. La imaginación popular corre flechada y aplica a este buen sacerdote un motajo tan poco halagador. Digamos sin ahondar mucho, que se le atribuía al Padre Eterno, a lo que cuenta el novelista, numerosa « prole de tapadillo ».

Una mujer devota lleva de ordinario hábito violeta, que es el color de la congregación de Jesús. La ocasión es excelente para llamarle la Nazarena. En efecto, en las procesiones de Semana Santa, los nazarenos llevan largas túnicas de color violeta.

Una buena mujer, amiga de comadros, si no recibe el remoquete de « cotorrón », como la « Celestina », se le dará el remoquete de « Pica », que vale tanto como Picaza o Urraca.

La Pica se llamaba Paca, nombre familiar de Francisca y no su diminutivo, como algunos quieren. No se trata de un juego de palabras o aliteración, sino de mote justificado, ya que la Paca (Pica) era « flaca, larguirucha y mordaz ». En suma, una verdadera urraca.

En el valle de Congosto no podía faltar el politicastro de tanda. Se trata de don Daniel Figarina. Ese apellido se presta al análisis. Creo que hay que interpretarlo como deformación de figurina, más bien que como compuesto de « figo » y « harina », ya que no se trata de un político de cuerpo entero, sino de verdadera figurina, un simple « figurante ».

Los motes se suceden sin interrupción. Ante nuestros ojos desfilan Vocina, así llamado a causa de la delgadez y pequeñez de su voz, Espumadera, ser pintado de viruelas, cuyo rostro tiene mucho de colador. De ahí su apodo.

Hasta los animales, como observamos ya en « Belarmino y Apolonio », llevan remoquetes. En efecto, Espumadera, aficionado a loros, tenía varios dignamente bautizados: Bocanegra, Colín, el Obispo, Taragañón y Mano de Monja.

Dos cerros reciben los nombres respectivos de Baltasar y Faraón. El humorismo ayalino no perdona a nada ni a nadie. Me pregunto, no sin fundamento, qué relación puede existir entre dos puercos y Baltasar y Faraón, que la historia ha hecho célebres.

Hasta las iglesias de Congosto ostentan motajos pintorescos. Es curioso notar que en un país donde se dice que el catolicismo es consustancial al pueblo y que la religiosidad es honda, las irreverencias de carácter religioso son constantes y, en ocasiones, no poco groseras. La gente se burla de la religión con menos respeto que en otros países donde los católicos no son precisamente mayoría.

Una de las iglesias es llamada « Guardarropa de las Desesperadas », porque « a este templo pertenecen la cofradía de las hijas de María, algunas preñadas, y la mayor parte de so teronas viejas que han quedado para vestir santos ».

La segunda es dicha « Salvamento de Naufragos », porque « en ella se celebra la vela nocturna al Santísimo Sacramento, excusa que, según murmuraciones temerarias, los maridos saturados de cónyuge utilizan para poder pasar la noche fuera de casa ».

La tercera iglesia recibe el apodo de la Madre Eterna « a causa de la hinchada cúpula, como vientre en cinta, que destaca rotunda sobre el perfil del pueblo ».

Cada una de estas apelaciones responde a un pensamiento, un tanto malicioso del autor. Es verdad que, si bien se mira, al describir las iglesias, le ha bastado con abrir los oídos al rumor popular, a los dimes y diretes de vecindad, tan típicos y característicos, al instinto popular, de suyo certero, cuando se trata de dar a las cosas y a las personas el motajo que les sienta bien.

TESORO DE DUENDES

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA AUTOBIOGRAFICA)

ACORDAMOS trasladarnos a Madrid, punto donde pasaron su luna de miel mis padres. Pero éstos tenían ahora cuatro hijos. En Madrid no se obtenían los destinos como anteriormente, era todo por oposición. ¿ Podía ser mi padre gobernador, director general, subsecretario, etc., sin influencias? ¿ Militaba en algún partido político? ¿ Bastaba el título de cervantista y quijotista, y otros semejantes, para alcanzar una de dichas prebendas? Acaso, en su fuero interno, la familia desaprobaba nuestro proyecto, considerándolo improcedente y descabellado. Nos veían hacer contra lógica (hipotecar, otorgar poderes a administradores sin conciencia, echar la casa por el balcón, arruinarnos...), y nadie osaba poner los puntos sobre las íes. « ¿ Cualquiera le pone el cascabel al gato! », era todo lo que decían sin duda ateniéndose a que el loco en su casa sabe más que el cuerdo en la ajena. Ni consejos, ni reflexiones, ni pugnas sostenidas con valor y energía al hilo de nuestros desastres. ¿ Cuánto menos perjudicial la locura de tía Claudia, no tan loca como nosotros!

La situación exigía; apearse de la cabalgadura y hacer el camino cuesta arriba a pie. Cortar sin contemplaciones por lo sano. Cerrar la puerta con llave y cerrojo, y oyendo llamar, decir por el postigo « no estamos »: o decir « al que Dios se la dé, San Pedro... » Si no arrancarse el corazón, jubilarlo, sabiendo el riesgo que en criar cuervos hoy, y que la peor astilla es la de la misma madera. Quietos los libros de caballerías, padre mío: menos libros y más campo, « Hacienda, tu amo te vea... » Padre mío: « medio tienen las cosas, tú no echas por los extremos ». El término medio entre la levita y la blusa es el chaquetón de pana, que en invierno abriga y en verano no agobia. Vivir del campo implica vivir para el campo, siendo otro peón entre los peones. Madre, a Dios ro-

gando, sin dejar el mazo de la mano. Piensa en tus cuatro hijos más que en tus cuatrocientos pobres. Dar nada es pecado, y dar demasiado pecado mortal. Entre el cielo caro y el infierno gratuito está el purgatorio al alcance de todos. Aun queda el limbo, adonde van los tontos que heroicamente se arruinan. Al tío Santos, pescador, le conocían los barbos del Ebro: los cebaba y no pescaba. Ay tus « truchas » — el hermanastro al que dejas libre el camino de tu faltriguera para que encuentre la pieza de plata y te la robe: el peón largo de uñas que pone en la zafra tanta agua como aceite quita, y tú vuelves la espalda para que lo retire del escondite y lo hurte: la criada del jamón llamada Pepa, que se ajamonó, y a ti sólo te faltó exclamar; viva la Pepa!: la Felicia, que no cambiara por una capellanía el barrido del despacho... tus « truchas », que caracas cuestan! Hipotecar no, vender. Lo poco sano vale más que lo mucho dañado. Llega la hora de escarmentar en cabeza propia. — Habría sido quererse mal y por eso nadie pronunció un discurso a este tono ante mis padres.

Salto a Madrid, tras una hipoteca. Mi padre no logró ser archipámpano: en cambio, otorgando amplios poderes a un administrador de alivio, cuyo solo mote, « Zorrico », ya prevenía, le hizo archipampanismo.

PUYOL.





DON PABLO Y YO

por **J. BERNAT**

MUELLES Y METALES

- ¿ENTONCES, Vd. cree, D. Pablo, que la mayoría de nosotros, scres de carne y hueso, amén de « mamíferos e implumes » ; animales dotados de conciencia racional, humildes representantes del « homo sapiens », no sabemos distinguir el canto de la materia inorgánica, o, si quiere Vd., el habla de los objetos, de las fuerzas oscuras del Universo ?

— Pues eso vengo diciendo tiempo ha, ya sabes.

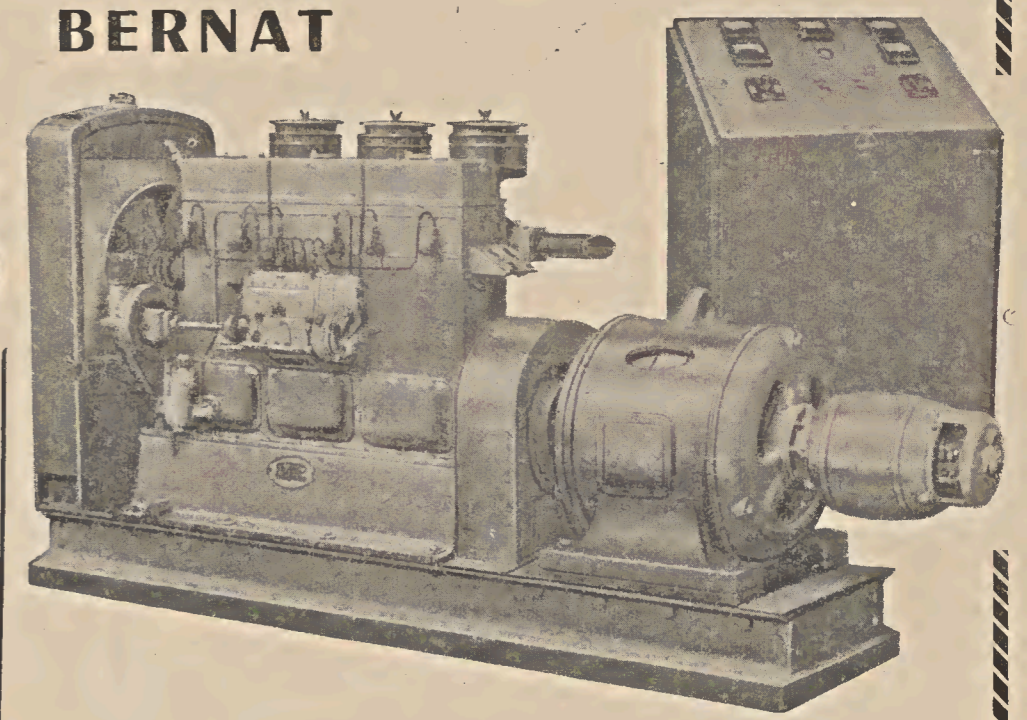
— Dígame, pues, D. Pablo, ¿ es que todos podemos percibir esas palabras misteriosas, esos mensajes del reino de la materia ? ¿ No cree Vd. que, conociéndole como le conozco, sus juicios sobre este asunto, extravagante en verdad, no obedecen a sobrado « panteísmo » suyo ?

— ¡ Quién sabe ! ¡ No quiero ahondar filosofías ; primero, porque no soy filósofo, y, luego, porque mis percepciones tienen

su asiento en causas puramente físicas, aguzadas por el tiempo y las tribulaciones. En España era eso que llaman un intelectual, pero aquí, en el exilio, soy lo que puedo. Me ocupo de lo que puedo. Ello ha creado en mí una psicología especialmente sensible. Los ayunos prolongados ; la tensión casi diría inhumana a que hemos sometido nuestros nervios ; esta asendereada vida de exilado político, no han hecho otra cosa que acelerar, desarrollar una aptitud que se singularizó ya en España siendo mozo. A este lenguaje ignorado por tantos descreídos — y tú entre ellos —, le llamaremos lenguaje « panteísta ».

— Explíquese mejor, D. Pablo, pues « panteísmo » es sistema complicado sobre el que existen posiciones diversas y casi opuestas : « Dios es todo » o « todo es Dios ».

— ¿ Quieres meterme en el corsé de tus sistematizaciones ? Ya sé, ya sé, pero yo me entiendo.



— No ignoras que soy de Levante, y, por consiguiente, así me lo aseguraba cierto doctor aienista algo loco el por excesiva familiaridad con los desvaríos del espíritu, vástago de la espuma.

La ciudad donde he visto por primera vez la luz y he soltado los primeros llores, se extiende al pie de dos montañas semejantes a dos espías verdes e impávidos. Sus flancos, bañados por el Mediterráneo, se recortan en el azul como una línea de brocados espumantes cuya macarada blanca contrasta con el límpido miraje de un cielo espejoso.

Yo he nacido en una de esas casonas descalabradas que pululan — las casas pululan al igual que la prole o los gusanos — alrededor del distrito marítimo y portuario. Por las noches apacibles, mi alma, al contacto misterioso de las aguas azulencas, que reflejan plateadas escamas lunares, bogaba, soñadora, por el anchuroso mar, anchuroso pábulo de mis delirios viajeros.

Con paso reposado, ensimismado por mudas neblinas interiores, he divagado centenares de veces, y durante horas enteras — placer que el destino me ha negado después — por la dársena. Desde el embarcadero coquetón, en el que yacían barquichuelas y lanchas, yolas de enjabegadas grupas o canoas de líneas suaves como sirenas argonáuticas, hasta los renegridos lugares donde se descargaban aquellos cargos carboneros procedentes de Inglaterra.

En la noche silenciosa, con el espíritu turbado por los acres perfumes, percibí, igual que yo he percibido, misteriosos fantasmas flotantes. Ellos te rozan con el frío manto con que cubren sus flácidas carnes y sientes un choque súbito en la espina dorsal seguido del escalofrío pánico.

Verías moverse los mástiles veleros, aspeándose cual gigantescos molinos ; oírías un susurro de palabras articuladas, de palabra humana ; escucharía, como yo he escuchado, diálogos alucinantes.

Ab, los paseos interminables que he tejido por el dédalo misterioso de grúas y tinglados envueltos de rielos lunares ! Todo os habla, todos los objetos os hablan : hasta el perfume del aire, cargado de emanaciones diversas ; de brea y especias ; de cáñamo y alquitrán ; de « nafta » y algodón ; de naranjas y pescado ; de salitre y de pintura al minio con la cual embadurnan los marineros el casco mohoso de sus mansiones flotantes.

Durante el terco y dilatado vagabundaje, se perciben fuertes sensaciones voluptuosas cuyo licor te enardece o sume en profundas nostalgias. En las noches de estío, claras, con esa claridad cerúlea y azulencas que establecen el contraste del cielo y las acuosas aguas de los muelles donde amarran cargos y navíos, se traba, entre el yo y el Universo de lo inmaterial viviente, un diálogo sugestivo. Cada objeto es un ser con entidad propia, definitiva. Cuando las luces bermejas del crepúsculo anuncian en los muelles el término de laboriosa jornada, y los posteriores chirridos de las grúas y cabrestantes presagian el descanso de máquinas y fornidos mocetones ; cuando se alumbran las primeras boyas, allá a lo lejos de la hilera de tinglados, entre el cabrilleo de minúsculas olas, es cuando la peregrinación asume todo su poder intuitivo e instintivo, todo su significado « panteísta ».

Una vez, he asistido a la plática más desconcertante, que imaginar puedas, entre dos masas sombrías. Registrando palabras sueltas, movido a curiosidad, quise conocer el sentido exacto de aquellos vocablos truncados e indescifrables.

Me aproximé cautelosamente hacia el lugar de donde partía aquel balbuceo y, cuando estuve a cabal distancia, pude descubrir la causa de mi embarazo. La conversación, que parecía animada por la vehemencia del tono, me dejó absorto. El primer interlocutor, era un monstro, un soberbio buque que no andaría lejos de desplazar sus veinte o treinta mil toneladas. El otro, un irisario, un roñoso y renqueante velero. Todo lo que el primero tenía de majestuoso, de prepotente, de reluciente, había el otro de enano, de insignificante, de grotesco. Uno, era el señor ; el otro, el siervo o el menestral. El primero, llevaba en sí y para sí toda la aureola de los grandes caminos oceánicos. El segundo, un vulgar « costero » indígena de itinerario menor.

ni aun el recuerdo de tu magnífico penacho, humo al fin y a la postre, no emocionará a nadie, pues no está hecho de plumas de ave cual lo son los de aquellos atávicos guerreros africanos que he visto en mis mocedades.

El muelle te tiene reservada siempre una sorpresa. Para el que no teme pe-

El enorme navío trasatlántico, se expresaba así :

— Eres inaudito. Tú pretendes co-dearte conmigo, tú, un miserable transportador de fruta averiada, costeador bovino y asmático y con la quilla sucia. Tú, ignorante bastardo de una compañía bastarda, ¿ cómo te atreves a ignorar mi linaje ? ¿ No sabes que llevo en mi vientre agosto más señores de mundo que tú cacahuets trasegarás en toda tu vida ?

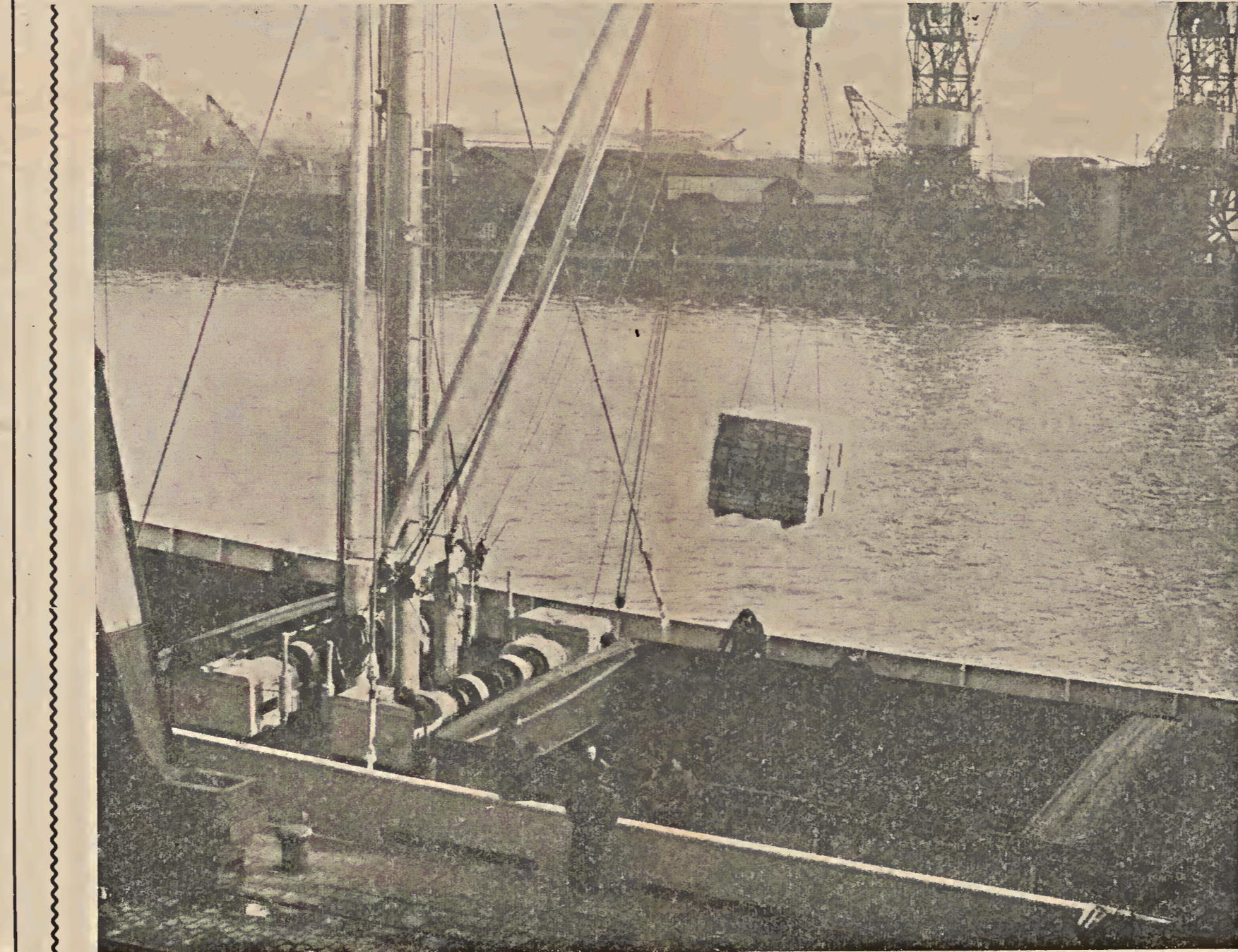
Y a guisa de remate a estas palabras, apercebí en las chimeneas algo así como un chorro de humo lechoso seguido de estridente silbido.

El pobre velero, amostazado, contestó :

— Muy bien ; tienes razón. Tienes derecho, tienen derecho todos los de tu cuerda, y no linaje, a mofarse del paria. Pero, ¡ ojo !, no siempre será así. Ya nos veremos en el desguace supremo. Cuando no seas más que un esqueleto metálico cuajado de pólipos y orin, el día que como yo, como todos nuestros semejantes, tengas que rendir cuentas, comprenderás que tu linaje, del que te ufanas, no es otra cosa que vanidad. Y

netrar en ese mundo caótico de hechizos, ese silencio repleto de voces, no hay nada parecido al muelle, no puede haber nada que aventaje al muelle.

— ¿ Crees tú en la metafísica del mundo vegetal y animal ? ¿ Supones en ambos un conato de conciencia, un atisbo de raciocinio, que unas veces denominamos instinto y otras sensibilidad ? Yo sí creo. Y voy más lejos : yo creo en la existencia de un alma en los cuerpos metálicos.



— ...Puede ser, D. Pablo.

— Es. Atiende un poco.

Ayer, sin ir más lejos, he experimentado, con fluidez extraordinaria ese fenómeno de « sensibilización ». Ya sabes que en Francia he trabajado de todo un poco. Casi he teleado toda la gama de profesiones laboriosas ; el intelectual ha visto germinar callos en sus manos porque aquí no puedo ejercer la mía, que consiste en dar al niño algo de instrucción y cultura, un poco de esa luz reclamada por Goethe en la agonia, sin pensar que su propia criatura — aquel venerable y cándido Dr. Fausto — quiso cambiarla por los turgentes senos de Margarita, aun a trueque de condenar su alma. Ahora me toca bregar en uno de esos antros metalúrgicos, muy loados por los economistas que nunca han pisado, ni pisarán, tan desagradables parajes. No que yo esté contra la Economía ; estoy contra los economistas.

Ayer, pues, y voy al grano sin más dilaciones, la madre naturaleza que á veces, confesemos, es una madre deleznable — nos brindó uno de esos días aguanosos, tristes, incolores. Excuso decirte que mi humor no se distinguía por su claridad. Era pura tinta.

La correa, fustigando, a mi vera, contra la polea maestra que transmite su fuerza mecánica a todas las demás, cantaba, solemne, el estribillo monótono de una canción siempre igual, parecida a esas melopeas orientales que te irritan sin saber porqué.

La fragua, chispeante de diamantinos corpúsculos en fusión, resoplaba, asmática, esforzándose por alimentar de oxígeno las ascuas de un blanco rojizo brillante.

El yunque, hacía vibrar el aire con su potente voz de tenorino — ¿ recuerdas los yunques en la escena de la fragua de « Il Trovatore » ? —, y sus metálicas sonoridades penetraban por el cuenco de mis orejas produciendo cosquilleos irresistibles y prolongados.

Todo era sacudido por ese abejorreo incesante. Ruido de engranajes, chirrido de metales atormentados. El hierro, sometido a mil contorsiones, era perforado, machacado, triturado por increíbles instrumentos de crueldad. El metal, cuando conoces su voz, también sufre.

Los hombres, en su descomunal inconsciencia, no saben discernir esos gemidos de la materia inerte, pero yo te digo que los metales sufren. Y lloran. Y gimen ; gimen como cualquiera de nosotros, si manos inquisidoras hollaran nuestras carnes.

Yo escucho desde mi máquina los sordos jadeos de vieja hipochondriaca que exhala la cepilladora que tengo a mi lado. Y los de la mía también. Siento que sus flancos de viejo corcel, espoleado por varias generaciones de buenos y malos jinetes, tiemblan.

Recuerda, conmigo, aquellos versos enigmáticos de Gérard de Nerval :

Si, el metal es sensible. Yo oigo, angustiado, sus chillidos, cuando el operario lo siega en fragmentos, o cuando talarla sus entrañas.

Voces bronzas, agudas, graves, se elevan al cielo y clamoran contra esa masacre impía.

Y el motor sigue impulsando.

El hierro, el acero, el metal, el bronce, el aluminio, todos se manifiestan con voces distintas mas todas ellas desgarradoras.

Las manos laboriosas, ajenas al « degüello », cortan, chafan, comprimen, estiran, desgarran, retuercen y destripan.

Las fibras, blandas o duras, sangran. Porque el metal también sangra.

Si no tuviese sangre en las venas no podría suplicar con esa vehemencia una tregua, al menos, a su dolor.

Todo el taller es un lamento prolongado que modulan infinitas gargantas ocultas. Órreme, es horrible.

Cuando te encuentres en uno de tales avernos ; cuando comprendas el eco que dejan en tu alma tantas plegarias « panteístas », sobre todo en un día lluvioso y anodino, sepultado en la opacidad brumosa de noviembre ; cuando intentes desentrañar el hondo significado de tales voces siniestras, entonces tendrás del Universo una idea cruel.

Todo sufre y conspira para perpetuar el martirio de la materia. Y del espíritu, que viene a ser lo mismo.

Hombres, máquinas, bestias, árboles ; todos lanzados, proyectados, hundidos en el torbellino vertiginoso. Un culto : el dolor. Un altar : la potencia.

Yo soy el más fuerte. Y te aplasto.

Así en todo.

En la Ciudad y en la Manigua.

En el Bosque, como en la Plaza Pública.

Y en medio de esta selva asesina, o sobre los cerros pedregosos, vistumbro, hoy, a mis años, que allá, a lo alto de las almenas, cuelga el cadáver de mi ilusión roído por los cuervos.

— Caramba, D. Pablo, ni es Vd. tan viejo ni tan escéptico.

— ¿ Tú crees ?

— Yo creo.

— En qué creer busco.

— Querer es poder.

— ¿ En qué crees tú ?

— En lo que creo.

Respecte dans la bête un esprit agissant, Chaque fleur est une âme à la nature [éclose ; Un mystère d'amour dans le métal repose ; « Tout est sensible » : Et tout sur ton être est puissant.



ESQUEMA SOBRE LA LIBERTAD AMENAZADA Y LA JUVENTUD

REVOLUCION Y LIBERTAD

Por la forma ostensible con que se vienen preocupando algunos pueblos en torno a los problemas del derecho y la libertad, es evidente que existen en ellos, la certera intuición de que aquélla se halla amenazada. La dolorosa experiencia última, con su inmensa efusión de sangre baldía, y las campanas a vuelo de la victoria, no han conjurado el riesgo; por eso se la siente en vigencia, pendiendo por sobre la seguridad personal y colectiva. Sin duda el riesgo se advierte, adherido a la honda revolución que soportan la vida y la cultura contemporáneas, al arrojar a la superficie ese mismo riesgo, desde el momento en que la cultura y la vida son pasibles de revisión.

Todo estallido revolucionario justifica una expectativa, en razón de presagiar un cambio, y éste, de dar asidero a una nueva concepción del mundo conjuntamente con una nueva interpretación del hombre y sus actitudes: como problemática ontológica, en cuanto creador y meta de la historia, o como creador y meta de la cultura. Aun cuando las revoluciones culturales signifiquen realidades que ostenten cierta validez lógica, por ser posibilidades inminentes de avance, y un cambio de posiciones necesario, encuentran una embozada resistencia. Somos naturalmente alérgicos al cambio; no se aman tanto las cosas ni nos tranquilizan, sino cuando advertimos en ellas una virtual fijeza; y esto ocurre porque el cambio traslada la sensación de seguridad a otra zona de zozobra, en la que entran en juego, no las realidades tangibles, y si un cúmulo de posibilidades que pueden resultar favorables como adversas. Por eso si aceptamos de buen grado una posibilidad estética o científica, halla asidero la expectación y la incertidumbre, cuando peigran la vigencia de ciertos bienes humanos y sociales que entendemos por justicia, derecho y libertad, motivado ello, porque éstos nos afectan más frontalmente, al no ser tanto cosas que realizamos, sino nosotros mismos implicados en el destino de sus destinos.

Actualmente, algunos pueblos manifiestan preocupación por la suerte de estos bienes; lo motiva la actitud de ciertas corrientes sociales que fraguan en la balumba revolucionaria de la hora, la revisión y tergiversación del concepto humanístico de la libertad, para dar paso a otro remedo de libertad con formas y contenidos extraños para el espíritu evolucionado de este hombre de la cultura y la vida contemporáneas.

¿Pero es que puede ser pasible de revisión el concepto humanístico de la libertad y ejercitado después con seguro beneficio espiritual para los pueblos?

La crisis de los principios tradicionales de la cultura y la vida, han determinado, en lo social, esa ansiedad de revisión en torno a todo ese abolengo democrático de la libertad, tras un creciente descrédito hacia sus más raras virtudes. Descrédito que alienta peligrosamente a ciertos pueblos, al orillar, en base a erróneas creencias revolucionarias, formas de convivencias en desacuerdo con la estructura espiritual del hombre. Allí están, para testificarlo, los ejemplos vivos de las modernas teorías sociales comunistas de Asia, ya de por sí tergiversadas en sus mismas fuentes por un sinónimo prurito revolucionario, gravitando con creciente influjo sobre las masas irredentas de occidente, bajo diversas formas de aparición y métodos, pero enraizadas todas en las mismas napas teóricas. De esa unidad de propósitos, tendiente a una hegemonía física del mundo y espiritual del hombre, parten las consignas amenazadoras para todas aquellas supremas adquisiciones civiles que entendemos por democracia, libertad y dignidad humanas. La codicia por alcanzar los fines por el uso indiscriminado de los medios; el criterio unilateral apoyado solamente en el perfecto sincronismo del engranaje económico; el sojuzgamiento del individuo a la exigencia omnipotente del Estado; y el desprecio casi patológico por la supremacía espiritual de la persona, nos dan el clima exacto de sus concepciones político-sociales. Además, esa aspiración de origen cristiano a la igualdad, manifiesta sensibles fallas de fondo, cuando se realiza a costa de los más elementales derechos humanos de convivencia social. En una democracia, llámese capitalista o popular, debe entenderse la igualdad en la libertad, y ésta inserta en lo ético, si es que se propone redimir la economía, más también el hombre.

Es notable que ciertos gobernantes comunistas actuales, repitiendo el consabido ejemplo, en el afán de combatir una enfermedad social, utilizan los ele-



La abordar el tema de la libertad amenazada, es imprescindible advertir, que nos apropiamos del vocablo libertad como algo que designa un supuesto, sustraído de toda posible disquisición en torno a la estructura de su realidad; tema éste que designa uno de los problemas capitales del espíritu, en todos los tiempos. Lo que aquí importa, no es la palabra libertad adherida a las puras teorías, sino aquella que se halla inserta en la balumba político-social, como plasticidad de la circunstancia y del medio que le permiten al hombre ascender vigorosamente hacia la meta de su propia estimación, y donde le es dable cumplir su programa de evolución personal y comunitario en un clima en el que se integren condiciones favorables de inspiración y desarrollo.

por JULIO ARISTIDES

mentos más enérgicos, sin advertir que al mismo tiempo que matan la enfermedad, matan al hombre. Toda transgresión a aquellos principios de igualdad en la libertad y de libertad en lo ético, significan una flagrante amoralidad político social, y para el hombre su riesgo y amenaza.

La igualdad, que es un patrimonio colectivo, no ostenta legitimidad cuando un derecho de fuerza anula la redención social e individual; y la libertad en la amoralidad, es un engendro liberticida. La libertad encuadrada dentro de un marco social ético, no es trabada en su ejercicio, muy al contrario, se hace posible canalizar constantemente sus contenidos y sus funciones en aras de su posibilidad. Una libertad legitimada se apoya en lo moral, y de allí extrae sus más felices atributos. Lo que aparenta contradicción, es que la rotura de ese marco moral signifique su crisis y su

amenaza. A tal efecto, la vida político-social exenta de moralidad es la causa de la mutilación de la libertad y del manoseo de sus virtudes, y sea a la vez responsable de su nulidad en lo social, del extravío de su posición de regencia espiritual en el acontecer político.

La moralidad política y social, tan anacrónica en el concepto de los doctrinarios de la dictadura para el progreso; la conciencia social y devoción por la libertad, tan decadentes en la opinión de tales reaccionarios, no actúan, en adelante, como obstructores de su goce; mejor, garantizan un equilibrio entre el hallazgo eterno de la libertad y su adecuación a un orden subjetivo. Modelan, corrigen, toda desviación que pudiera desnaturalizarla.

La revolución comunista en torno al concepto humanista de la libertad que se expande de momento, contrasta precisamente en estos términos: en el re-



basamiento de toda demarcación ética, bajo el acicate de inconfesados fines de conquista, sean territoriales o humanos. La experiencia que surge de los pueblos ya sometidos nos da la pauta de lo que implica la libertad cuando se desmanda, extraviada de su cauce moral; nos muestra cómo bajo la tutela de regímenes desorbitados, se despersonaliza, transformándose en un monstruo apocalíptico que reclama derechos sin atender obligaciones, cuando es allí, justamente, en el democrático engarce del derecho y la obligación social, en la consciencia de su horizonte y sus límites, donde esgrimen su apolíneo equilibrio, la libertad en la sociedad moralmente redimida, y la moral social en lo que debiera ser la peculiar comarca de la libertad.

Por cuanto hemos analizado, la revolución que conmueve los entresijos de la sociedad y la cultura, y el avance de concepciones unilaterales del hombre y del fenómeno social, insinúan realmente esa amenaza que intuye el hombre esclarecido de hoy, para su libertad, ya que prevalece una tendencia a deshumanizarla, y además, por motivo de que ese paganismo político-social que desgraciadamente se expande por todos los cielos, entiende la libertad relacionada a sus estrechos principios políticos, en tanto se les desliza por sobre aquéllos principios y derechos humanos inalienables.

El interrogante surge, cuando reflexionamos en torno a las posibles consecuencias que acarrearía al mundo el triunfo y consolidación general de tales teorías; y surge también cuando especulamos con respecto a la actitud posible que habrá de asumir, para conjurar el riesgo, este hombre de la cultura y la vida de occidente.

LA DANZA

EN el Etoile, la « angelical María », al frente de una compañía en completa desafinidad con su clase y estilo, ofrece una demostración excelente de mímica y una muy modesta de clásico español y deplorable de flamenco.

El aspecto music-hall del espectáculo se defiende con una buena pareja, los hermanos Falla y el ballet de León de Lara en sus evocaciones zarzueleras montadas con gusto y sobriedad. El mejor rato de la presentación, son los solos de guitarra de Ortega y las intervenciones del virtuoso guitarrista Pedro Hernández, que no se prodiga tantas veces como sería deseable.

En la Macarena, local que dirige la gran artista Agnes Capri, debutaron Vargas y Mercedes, de vuelta de su larga tournée por Oriente, que con repertorio y vestuario nuevos, alcanzaron el éxito acostumbrado y merecido.

En el mismo local, la bella e interesante Inés Pagé, envuelta en un magnífico brocado de Balenciaga, Dior, o vaya Vd. a saber de quién, cultiva la recitación poética de Lorca, Alberti, Juan Ramón y otros poetas, con un sentido dramático y patético, que la valen un prolongado aplauso.

En el Olympia debutó de vedette americana, Carmelita Meller, como anunciamos en el

número anterior, y que, según nuestros pronósticos, ha obtenido, con sus canciones, un gran suceso de crítica y público.

El Niño de Murcia que, además de ambicioso, debe de ser muy inteligente, y que actúa hace meses en el Casino de París, es el primer flamenco que, midiendo lo limitado de su especialidad en Francia, ha empezado a registrar canciones en francés de un estilo que

se acerca grandemente al actual de moda de Becaud, Clay, Aznavour, etc., etc. Yo encuentro la primera « du bout du monde », estupenda, y me sorprendí cuando oí anunciar al final que el cantante era el Niño de Murcia. Considero que es un buen disco, una buena interpretación y me gustaría oír a gunas de las canciones de ahora, ejecutadas por esta voz viril y aflamencada a la par que amarga y sentimental.

DELFORO.



SOLIDARIDAD OBRERA se dispone a celebrar su fiesta



Al Suplemento Literario de « SOLI » le es grato notificar a sus numerosos e ilustrados lectores que el próximo 14 de abril, a las 5 exactas de la tarde se celebrará el acostumbrado FESTIVAL BENEFICO patrocinado por la Confederación Nacional del Trabajo francesa y nuestras dos publicaciones. El acto tendrá lugar en la espaciosa Sala Pleyel y tomarán parte en el mismo números excelentes comprendidos en los repertorios francés y español.

Se publicará programa (que recibirán nuestros abonados parisinos) y se dará toda suerte de posibilidades a nuestros amigos, que deseen concurrir al espectáculo, que, por los informes que poseemos, va a resultar de primer orden y extraordinariamente concurrido.

Para entradas: en esta Redacción, 24, rue Ste-Marthe, París (X); Librería Château des Brouillards, 53 bis, rue Lamark, París (XVIII), y a « Le Combat Syndicaliste », 39, rue de la Tour d'Auvergne, París (IX).



La POESIA

MARIA CASARES



JUAN DE DIOS

(Fragmento)

Eran tres : El robusto, musculoso, piernas de acero, pecho de coloso ; el cráneo pequeño, el pelo obscuro, la frente noble, el entrecejo duro y el mirar recogido y caviloso.

La mujer, rubia, débil, aviejada en plena juventud, siempre entregada de su hogar y su oficio a las funciones, era áspera de piel y de facciones y dulce de carácter y mirada.

Y carne del esposo y de la esposa, un chico, criatura deliciosa, que jugaba del patio en los corrillos, dejando caer dos mocos amarillos sobre unos labios de color de rosa.

Libre y suelto creció, como en los prados la flor. Los padres, obligados a ganarse en la fábrica el sustento, no lograban la tregua de un momento para ofrecer al niño sus cuidados.

; Cuidarle !... De ocasión no disponían. Luego que sus tareas concluían llegaban a la casa tan rendidos, que, cuando acariciarle pretendían, cortaban sus caricias los ronquidos.

; Tiempo para quererle !... Ni siquiera para ellos lo tenían, porque no era su conjunción amor, sino tropiezo ; que no es amor gritarle al sueño : ; Espera ! y gozarse en la pausa de un bostezo.

Los domingos tan sólo, a la mañana, cuando ella abría alegre la ventana y él gritaba : « ; Vuelve que no hay prisas ! » se cobraban de toda la semana con un festín de besos y de risas.

Y cuando su apetito, su derecho a quererle veían satisfecho, al niño de la cuna levantaban, y echándole desnudo sobre el lecho, juntos, como tres niños, retozaban.

Después, cuando de limpio trajeado, se iba el hombre a la calle, acompañado de amigos de taberna o de talleres, bajábase ella, con el niño al lado, al patio a murmurar con las mujeres.

Y al niño entre sus brazos recogía, y una vez que en sus brazos lo tenía, hacíale de sus caricias presa, y le daba más besos en un día que a su hijo en todo el año una burguesa.

JOAQUIN DICENTA (padre).

NUMANTINA

Podrá, después de la guerra, España perder su sol ; pero el sabor de la tierra, eso no.

Perder el águila el vuelo, ir tras del grano el gorrión ; pero el color de su cielo, eso no.

Muchas vírgenes llorosas, muchas madres sin canción ; pero el olor de sus rosas, eso no.

La infancia que huyendo vino del Herodes español ; pero el Madrid numantino, eso no.

La sangre que en el Jarama vertió el aliado invasor ; pero el clavel hecho llama, eso no.

Don Quijote, el héroe hispano, sin hogaza y sin mesón ; pero el amor de Cyrano, eso no.

Cervantes, pobre y sin gloria, de Méjico al Ecuador ; ; pero el derecho a la Historia, eso no !

A UN LEON ENJAULADO

No ignoro las angustias en tu encierro. Como están los leones enjaulados, conozco a muchos hombres afamados que viven en prisión o en el destierro.

Si en la prisión, la burla con el hierro y si a la tierra extraña condenados, de los que están afuera sin candados el odio que les ladra como un perro.

Si penan en prisión, gruñe la pira ; si están en suelo extraño, los rencores les echan tierra y el hogar en cara.

En medio de estos hondos sinsabores, mejor la libertad en el Sahara, mejor la soledad en las Azores.

ALFONSO CAMIN.

Una caña rota de la flauta de pan, provista de membrana microfónica, sabe ulular al viento, sabe chillar al viento, como garganta de lobo, o de niño, pasadas a cuchillo.

Una caña de voz, una entraña de voz devoradora como boca de lobo, como niño mamón con dientes como esquilas de hojas de afeitar que sierran el pezón cuando se hace esperar la láctea crecida.

Una rajada voz que igual puede ser vaina como espada, que igual puede ser leche como escarcha, o rechino infernal, o arrullo de celestial paloma.

Oh, mujeril Proteo. Una voz que transforma a su imagen su cuerpo.

Todos los miembros la obedecen, todo se alinea y se aureola al mando de la voz, la voz de mando supremo que estrangula, si fiera, o adelgaza como a chicle estirado la atención del público soldado.

No eres nadie. — No es nadie un ser hipersensible — Eres todos y cada uno en la punta de una lanza, la punta de tu voz de caña rota,

que el ciclón de la furia si a mano viene azota, o el céfiro de Orfeo que apenas tañe cuando posa las moribundas ondas de su postrer oreo.

Oh, voz de tafetán, oh, voz de terciopelo, granada rompedora o balbuceo,

que un exceso de vida hace mortal y un exceso de muerte engendradora : ; Salud, voz de María, oh Voz, que embozarían San Gabriel y Luzbel !

FRANCISCO CARRASQUER.

Sueño y campanas

A Jesús Louzara, que tiene un huerto plantado por su propia mano.

Largos años he dormido el mismo sueño profundo, busqué la luz y el sonido entre la sombra del mundo.

; Qué firmes son mis rodillas cuando la luz reverencio ! ; amo las cosas sencillas sobre la paz del silencio.

Santo silencio de estrellas si la noche está callada y al fulgor que viene de ellas toda niebla iluminada.

; Dormido, siempre dormido, soñar y no poder despertar !

El sueño con peplo de oro, divino sueño esotérico, cantaba un canto sonoro según el cantar homérico.

Y entonces era noval la tierra con sus caminos, las aguas eran cristal, los cielos todos aurinos.

¿ Por qué los jilgueros cantan en el huerto del ladrón ? Oh, los pájaros se espantan donde está la vibración.

Mas yo cultivé mi sueño junto a los mejores lirios y puse a San Clavileño un arco de siete cirios.

; Dormido, siempre dormido, soñar y no poder despertar !

Cirios al santo de piedra que no oye las letanias pues el musgo y la verde hiedra tapan sus orejas frías.

Nueva iglesia con aurora la fuerza quita al dolor, da alma a quien su luz implora por la luz del santo Amor.

Tierra, un sueño se me ha muerto, fué como nube entre esferas, fué como flor en el huerto perfumando sus laderas.

Mi recio sueño andariago ve la luz por las mañanas, en las noches está ciego y lo guían las campanas.

Tin tan.

; Dormido, siempre dormido, soñar y no poder despertar !

Tin tan, tin tan.

JESUS PRADO RODRIGUEZ.

Flores

Jardines del Louvre adaptándose a la primavera, como una dama coqueta al abandonar la cámara de los abandonos.

Hasta aquí los jardines del Louvre habían permanecido fríos y agrisados bajo un sudario invernal o víctimas de las gélidas nieblas del Sena. Sólo el boj, negruzco y corajudo, permaneció, impertérrito, en la floresta que hoy, merced al replantador, de nuevo presenciábamos. Aquí la flora no se basta a sí misma, por lo que hay que dar gracias al artificio, por el cual deberá goce renovado el visitante del famoso museo, que inevitablemente descansará en los balcones del mismo sus ojos fatigados en la contemplación de tanta obra maestra.

; Los flores ! Verdaderamente allgeran el ánimo.



CANDILLO O LOS AMANTES DE CERUEL

Cuando llegamos a sitio lejano y reducido, pero habitado, lo primero que se nos ocurre es buscar acomodo, y Don Quito y Rosa hicieron lo propio. Pero en Ceruel la posada es, además, café y tienda; en ocasiones, lugar de baile. Ahora no se bailaba, pero se comentaba el danczón de quince días antes. Comentaristas en total: dos viejas, la hostelera, y una muchacha — Garbosa — que ayudaba en las faenas del establecimiento.

Entrados en el mismo los forasteros « oyeron » cortar conversación y se sintieron indagados. Silencio que él rompió solicitando jamón y pan tierno, vino del Riscal y café con aroma. Siendo señor, tendría buen pago.

Sirvió Garbosa con garbo demostrado. A tal consumidor tal servidor.

— Se gana la propina — sonrió, más que dijo, Don Quito.

— Págueme una jofaina — reclamó una de las mujerucas —. Se va a casar.

Garbosa hizo un mohín de agrado, aumentando el de su grácil personilla. Si se sonrojó no hubo conocimiento de ello por la rosaleta de sus mejillas, tersas y, en exigencia de besos.

— Entonces ¿ te casas ?, ¿ o te casan ?

— La verdad, me caso.

— Con Candillo, señor, el buho de arriba — intervinieron las viejas.

— No haga caso; que lo dicen las lechuzas de abajo — vengóse la moza.

Las lechuzas soltaron una risita monacorde, con ansias de lobo en los dientes.

— Ni mal ni pena para nadie — medió Rosa. Ya estas damas devoraron sus amores y la niña justo llega a por los suyos. Ni es delito anhelar ni falta grave envidiar, que las edades dan para todo eso.

— No se preocupen — aclaró el ama de casa —. Nuestro recinto montañoso es espléndido, pero el hastío de; siempre lo mismo! encorajina. Malo, nadie.

Aquí las añosas se fueron, cada cual con su libra de arenques envuelta en papel impreso. Garbosa trasteó un poco y desapareció en la trastienda, seguida de la dueña.

— ¿ Apetecible, la muchacha ? — inquirió ya Rosa de su compañero.

— Vistosa, fresca y sana. Huele a prado.

— Sería curioso conocer el novio.

— Seguro, un aliento de establo.

— Habrá que comprobarlo. Lo imagi-



NO que no era Candillo se llamaba Don Quito, y una que no era mujer de Don Quito, pero que lo parecía, era Rosa. Pues Rosa acompañaba a Don Quito en su entrada a Ceruel, caserío de montaña. Candillo vivía en el alto cerulense y ceruelinas hablarían luego de él a los recién llegados, que lo eran de Ciudad Grande.

Rosa y Don Quito habían conseguido el lugar de fresca mañana. Bajo el sol de mayo la calle única de la aldea parecía nueva. Ayudaban la atmósfera transparente y la alegría de la cosa ignorada. En la alameda vecina, y riscos subiendo, el verde resistía el baño de oro caliente derramado sobre el suelo.

Don Quito había detenido marcha en la era que daba amplitud de entrada al burgo, a cuyos vecinos avisó, involuntariamente, con un chirrido de coche. Con Rosa descendió de éste, frente a la curiosidad impertinente de unos mocuosuelos y ante un ladrar de perros en descaro. En el mismo instante, una familia de patos pasaba indiferente y pausada camino de la charca.

no en macho cabrío, en perfume de queso, lo contrario de los socios de Casino, tan atildados, tan objetos de estuche, tan salidos de tarro.

— Y tú permaneciendo en el mismo y en los vicios que te separan de tu marido, que ya no cuenta sus infortunios.

— Ese solamente cuenta dinero. Ni pincha ni corta.

— Corta cupones, incansablemente.

— Es hombre de grandes negocios.

— Contigo lo hizo pequeño.

añadido de gallinería. En la ex sacristía, los instrumentos de fertilizar la tierra.

Candillo recibió a su novia lo primero, cambiando con ella un saludo confortable.

— ¿ Y la pareja ? — se interesó luego.

— Un matrimonio en visita, Candillo.

— No matrimonio en visita — corrigió Don Quito.

— Entonces, uno y otra ¿ amigos ?

— Más allá de amigos — ilustró Ro-

por J. Coll de Gussem

— No temas que se declare en quietud. Me estimo nuevamente perdonable.

— Muy indicados sus perdones en la alcoba. Fuera, quincalla y trapío.

— Ya sé que me disfrazo de amorosa y que con este indumento te gano apenas. Y no obstante hace seis días que trotamos juntos por la luna.

— Llena.

— Iba a decir de miel.

— Contigo mejor que con otras, pero todas, a la postre, resultais lo mismo. ¿ Qué lástima no poder flirtear con hijas de otro planeta !

— Tú siempre arriba.

— Arriba iremos, si lo deseas, que este casuchero visto está, y comprendido: entradas con establo, el viejo que parece le debes algo, las mujeres que te miran curiosas y maldicientes, el gallo que huye asustado, el perro que te husmea los pantalones, la vaca que te empuja deliberadamente y la imprescindible fuente bajo los álamos. Literatura periclitada, si bien aquí queda el argumento de un novio. Será interesante verlo para comprender el gusto de la fámula.

— No digo que no.

Lo cual oído, Don Quito fué en demanda de la patrona para pedirle un guía, que debería ser Garbosa, por lo indicada. Fué que si por haberle cumplido limpiezas y acondicionamientos y — ¿ por qué no ? — por un posible apéndice pesetero.

Así es que Garbosa y el peticionario irrumpieron en el refectorio disponiéndose a empinar cuesta. Salidos a tres, la ascensión comenzó sin prisas y, también, sin demoras.

— No describas, Garbosa, bellezas de paisaje. Las sabemos de memoria. Este monte, como el vecino y los de otras vecindades. Muchas cimas he escalado y me sé durmiendo que las rocas son duras y agrestes, las aguas mojadas, los árboles umbríos, los aires limpios y el sol dorado y viajero. Nunca decís — repajoleros montañeses — que vuestros caminos son impracticables y los abismos peligrosos y los cuervos voraces. Subamos, pues, en silencio y favoreceremos el aliento.

**

En lo alto de todo está la Peña al Viento y a su regazo la ermita de Dios abandonada. Por no ser mito, Candillo tapó agujeros y se la hizo habitable, para él y las ovejas, no muchas, pero lecheras; y sus caballo y vaca, con



Sin pizca de egoísmo, había cedido a Garbosa su estuche de potingues. Para quedar más hembra...

**

Póngase seis años de por medio, tantos como hace que Garbosa descendió con Don Quito de Peña al Viento sin nada de celos contra Rosa, que le dormía el novio. Fué con el Don a un registro parroquial de Ciudad Grande, donde con pompa y unción la dejaron casada, cazada, supuso más tarde. Tuvo teatros, recepciones, besalamanos, holgazanerías, confiterías y materias grasas abundantes. Lo que no alcanzó fué hijos y lo que perdió fué chispa juvenil, finura de gacela, prontitud de ardilla. Ganó, en mala hora, fuerte porción de asco a causa del marido mujeriego. ¡ Ay, la simplicidad del lugar de nacimiento ! Incluso las comadres ahora se le aparecían querubines en sus sueños de triste dama palaciega. ¿ No habría que rever aquello ?

Claro que sí, puesto que Don Quito, a fuer de caballero, jamás contrariaba a las damas. Y vieron, en el mesón donde se conocieron, a Rosa de compras, ya en matrona montañesa, con tres hijitos de sus tres respectivas edades, guapos y sanotes cual manzanas de guardar. Asmática, disminuida, apatada, Garbosa, desgarrada, tendió mano a su digamos amiga. No se besaron; tan sorprendidas quedaron de verse cambiadas.

— Bien parecida, a pesar de todo, nuestra Rosa — entrometió Don Quito con su flema acostumbrada —. Buen negocio para Candillo; igual para el ilustre marido. Felicidades.

— No he acaparado capital, querido — le explicó Rosa mostrando satisfecha sus rosados peques —. Y tú, Garbosa — prosiguió la Candilla — ¿ no has acumulado felicidad en el pueblo grande ?

— ¿ Yo ? — prorrumpió indignada la aludida —. Lo que he acumulado son indigestiones, disgustos y carencias de respiro.

Y se echó dentro del auto para no echarse a la charca, como los patos.

14 DE ABRIL 1957



Léo Campion estará con nosotros en la Sala Pleyel.





EL LIBRO y la CRITICA

(Comenta J. FERRER)

«LE ROMAN D'UN FRIPON»

por LEO CAMPION

Calman-Lévy, éditeurs, Paris

QUIEN dice Campion dice sagacidad y « bonhomía », causticidad y agudeza. En *chansonnier* castizo Léo derriba fetiches con el buen acuerdo de no erigir otros. Se queda — quien lo observe puede comprobarlo — sobre terreno saludablemente revolucionario.

Burla burlando suelta verdades. Pienso y dice sus pensares como un niño travieso ; con arte y soltura, con sonrisa normal por lo fundamentada.

Por su figura se le compara a un mogol, pero a un mogol inteligente. Tiene vena inagotable y destellos de poeta. En las tablas se deja sentir próximo del público y en el libro lo sentimos entre nosotros y fuera de las tablas.

En sus variadas producciones literarias Campion juega con el francés porque puede hacerlo. No es un gramático de azar ; es un lingüista seguro. Cierta que sabe mejor a Courteline que a Molière, pero más por inclinación que por academia. El sabor a lengua galana que los españoles notamos en el francés de raigambre, en los textos del amigo Léo también lo percibimos.

« Le roman d'un fripon » novela poco para sacar relieve de todo. La invención de un personaje — el que narra — es nada siendo la relación absolutamente substancial. El autor posee un almacén atiborrado de experiencias de la vida y las esparce a granel y en aleccionadores contrastes mediante su peleele. Con la verdad presidiendo la anécdota, nos sirve ésta en caricatura, en perfil acusado para que se den cuenta rápidos los hombres pausados, y con tiempo relativamente breve los distraídos. Un defecto moral, como una nariz deformada, podrían, en nuestra densa y adormecida humanidad, pasar perfecta-

mente desapercibidos sin la « impertinente » observación de los agudos.

En el libro de Campion no hay respeto para las pargmáticas y en tal tablado de Maese Pedro no queda titere con cabeza. Doña Costumbre, la Señora Ley y Don Respetabilísimo hacen, en las páginas *leoninas*, el papel de la ridícula figura. En la farsa se critica y derrumba todo, pero sin gritos, sin exaltaciones ni furibundeces que mejor delatan un estado de ictericia que descubren condición de sano equilibrio. Los revolucionarios gesticulantes se gastan, en tanto los demoleadores conscientes — y a ser posible sonrientes — permanecen en entidad y en elevación de espíritu.

Queda una cosa a pedir : que Campion sea leído. Podrá creérsele o se le pondrá en duda. Pero en todo caso, el tiempo que le dediquemos no será baldío.

«AMERICA, HOY»

por VICTOR GARCIA

Editorial Americalee,
Buenos Aires

CONOCEMOS a Victor en físico y temperamento, y cuando hemos alcanzado el punto final de este su libro, forzoso ha sido decirnos : « Es cosa bien suya ».

Es cosa meditada, vista por él, pensada y pasada por él mismo a las cuartillas con su ímpetu acostumbrado. Si ha debido dilapidar una fortuna en la consecución del tema, la ha dilapidado ; si ha debido arrostrar la empresa de una edición costosa y de éxito inseguro, la ha arrostrado. El caso es que tenemos la América del Sud al alcance de la mano tal y cual Víctor la ha visto, pisado y escrutado, en empeñado recorrido.

Como Blasco Ibáñez, nuestro amigo ha hecho su gran viaje y lo ha descrito. Con menos brillantez que el novelista valenciano, pero con más realismo y objetividad. De la página 1 a la 404

nos conduce por las civilizaciones andinas, caracoleando por sobre el lomo también andino en visiones de 6.000 metros, con descanso no precipitado hasta los rizados playeros. Sin trasiego de viaje y aun desde la pegajosa Europa, avionados en el « América, hoy » nos es dable planear por encima de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay, cuyas panorámicas rocosas o verdes se nos revelan tristes, lozanas o potentes y cuyas historias locales, añejas y actuales, nos son explicadas en trazos satisfactorios, igual que la irrupción del blanco codicioso, brutal y emprendedor, génesis de la tremenda desgracia del selvícola, de la encadenada aparición de la criatura africana, de la ininterrumpida mezcla de razas, o eclosión de las mismas que ha dado resultados sorprendentes en el Brasil y en los territorios de habla hispana en los que el indio, el negro y el europeo han creado, fusionándose, un tipo racial nuevo.

Victor ha usado un coche nuevo en su amplia travesía de los Andes, habiendo enfocado sagazmente la historia del paisaje y del hombre que cruzaba ; las culturas, las costumbres, las posibilidades de vida, las injusticias de los estancieros, las reacciones de los injusticiados, las riquezas arrancadas al suelo por el explotador moderno que ha colocado al indio estático, contemplativo (diríamos poseído por un sueño y un dolor de siglos) frente a la dinámica de la Era Atómica.

Por el solo hecho de relatar un viaje, el libro de Victor es, de por sí, instructivo y ameno. Pero leyéndolo quedamos sorprendidos por el caudal de conocimientos que sobre todos los órdenes el autor hace gala en lo tocante a cada país visitado. Es, « América, hoy », un compendio de historia, sociología, economía, antropología y geografía que sería inhábil desaprovechar teniéndolo al alcance de la mano. Así como el vehículo victorino acometía el pasado americano por delante, parecía así mismo deslizar en estela el todo físico y moral comentado.

Si el lector se decide por « América, hoy » convendrá en nuestras apreciaciones.

«LE CONSULAT POLONAIS»

por MAURICE JOYEUX

Calman-Lévy, Paris

ES un viejo tema que vuelve, ese que el autor plantea. La extrema miseria mezclada con la pasión sindical de los obreros. Hay trazos de Zola y de Pert en el libro que tenemos delante ; hay alma y nervio de barrio parisino en el léxico gráfico y fuerte de Joyeux y sus personajes. Conociendo al maestro de éstos parece, a veces, que se le ve discurrir y discutir en los humeantes y acres salones de la

Casa del Pueblo de la calle del « Châteaueau ».

El asunto es el caso tan repetido del joven proletario que naufraga en físico e ilusiones en la hormigueante y cautivadora capital de Francia. Soñara en éxitos fáciles, que se epilogaron en la sopa para los pobres del distrito 16. La dignidad del sujeto se mantenía intacta ; pero con miseria el hambre dirige las piernas.

Un vuelo de proclamas distrae la atención de la cola de pobres y desata en denuestos al guardia de turno. Esos comunistas dan consejos, pero no le llenan el plato a nadie !

Resultado : el joven redimible se da por convocado. Nadie más ha de acompañarle. ¿ Para qué, si como dijo el guardia, en la Casa del Pueblo no reparten sopa ? Frecuentemente, incluso el *clochard* es positivista.

Lirón — nuestro muchacho — penetra en la turbamulta comunista camuflada bajo premisa « meramente » sindicalista : C.G.T.U. La última voz « unitaria », entendida la unificación en dominio bolchevique. Las secretarías ostentan explícitos letreros : Sindicato Tal, Sindicato Cual, donde cada explotado acude por la razón de su oficio. Pero hay una puerta modesta, forrada de rojo, tras la cual se acovachan los jefes del Partido que rijen, maniobran y ordenan en todo el ámbito sindical.

Lirón rompe la monotonía de las obediencias, mantiene su personalidad frente a las imposiciones — plumíferas — del Partido. Como tela de araña lo van envolviendo para sacar el jugo de su personalidad y después tirarlo como un limón exprimido. « Limones » de esos él ha de reemplazar uno y se niega. La dignidad — « prejuicio burgués » — sigue rigiéndolo, no cediendo ni al pago de una noche de amor calculadamente consentida por una dama militante. Las intrigas, las zalemas, las groserías de la gente del Partido le sitúan en disgusto creciente, como los cálculos de estado mayor, que él echa a perder enfocando con sus sin trabajo, por la vía de enmedio.

Tratándose de un carácter íntegro la solución se adivina : Lirón se hurta a la lucha proletaria así concebida. Le asquean las disciplinas, las tortuosidades, las tácticas innobles. Y vuelve a la sopa — en un salir de la cárcel — para que el ambiente mefítico de la Casa del Pueblo no lo absorba.

De espaldas a la ciudad, Lirón emprende la carretera del Mediodía, en cuyo horizonte sin luz desaparece como un Charlot cualquiera.

"LA ERA DE TRUJILLO"

por JESUS GALINDEZ

Editorial del Pacífico S. A.
Santiago de Chile.

EL caso de Jesús Galíndez, refugiado vasco desaparecido misteriosamente en Nueva York tras haber presentado la tesis « La Era de Trujillo » en la Universidad de Columbia en la que fué admitido como lector, ha despertado general interés en el mundo civilizado por tratarse de un hecho criminal a todas luces cumplido por un sordido dictador precisamente sobre suelo ajeno y tradicionalmente democrático. Rafael Leónidas Trujillo impera en amo absoluto en la tierra dominicana y su megalomanía incurable no resiste que « más allá », « en otra parte », se le pueda enjuiciar sin que su mano de hierro estruje a los osados. Por lo visto, de este lacerante cometido cuida una partida de trujillistas sin escrúpulos, en Norteamérica como en Cuba, donde varios antitrujillistas han tenido óbito prematuro.

La tesis del bien intencionado e infortunado Galíndez ha sido servida al público — hasta ahora mediante cuatro ediciones — en forma de libro, del cual comentamos. Al primer encuentro con las páginas (452, texto apretado) la empresa se nos antoja abrumadora, que tan minuciosa es la preparación y tan pequeño nos parece, por la cubierta, el tema. Pero se vence el escrípulo, se catan unas hojas, y la lectura total aparece irresistible.

En efecto, el paisaje es colorido y su historia interesante. Bajo la palma antillana, desfilan españoles, mestizos, haitianos, piratas y demás aventureros, en orden cronológico e histórico perfecto. Se trata de presentar el escena-

rio y luego relatar una continuidad de sucesos formando el proceso político y demográfico de una nación merecedora — como todas — de buen destino, pero que, desgraciadamente, está destinada a vegetar bajo el peso de una dictadura violenta en su principio, determinada en poder corruptor y de asfixia merced a la permanencia del miedo, después.

Como tirano a la moderna, Trujillo simula aceptar poderes constitucionales, judiciales y moderadores cuando en realidad es él quien maneja todos los resortes del Estado e incluso a los « personajes » que dan marcha al aparato constitucional sedicentemente establecido. Cada toma de posición implica la renuncia firmada sin fecha. Es Trujillo la personalidad única, determinante, siendo en su beneficio todas las riquezas, todos los honores y todas las adulaciones. Las leyes las dicta el tirano haciéndolas votar a su capricho, en varios casos directamente favorables a sus particulares intereses.

La República Dominicana languidece bajo el despotismo trujillista, y eso Galíndez lo descubre con extrema minuciosidad de detalles.

Y es esa gallardía que Trujillo no le ha perdonado arrebatándole alevosamente la vida.

Vea, pues, el amigo lector, como un libro puede estar escrito con sangre más que con tinta, puesto que en este caso su autor pudo considerarse futura víctima.

Pero firmó su sentencia, y también la del tirano, moralmente ejecutado ante la conciencia pública.



La escena

«LE REPOUSSOIR»

Fábula en tres actos de Rafael Alberti. — Versión francesa de Robert Marrast. — Dirección escénica de André Reybaz. — Interpretada por Germaine Kerjean, Charles Moulin, Anne Blancard, etc. — Teatro « d'Aujourd'hui ».

AL presentar esta obra al público parisino lo hace el autor con una evidente desventaja, porque aquí se conoce ya a García Lorca, y aparte de las divergencias que entre ambos puedan existir y aun recordando que Alberti estrenó y publicó antes que el granadino, mil circunstancias, entre las cuales la acusada personalidad de éste, le han hecho ganar auditorio mucho antes que al gaditano. Por lo demás, nada tiene de extraño que los dos hombres, coetáneos, que vieron influenciadas sus sensibilidades por los mismos maestros y que tuvieron las mismas inquietudes en su formación poética, hayan dado frutos que poseen cierta semejanza.



No es ocasión para cotejar sus respectivas producciones, ni estoy capacitado para ello, porque la obra de Alberti me es casi completamente desconocida; pero de todas formas, no parece que posea el paroxismo en la metáfora y la originalidad que, independientemente de su acierto y siendo a veces de dudoso gusto, hacen de Lorca un poeta asombroso. Alberti debe ser más académico, en el menos malo de los sentidos. Su poesía no parece un caballo engollado, que sale luego de estampía, corveteando imágenes encendidas, policromadas, atrevidísimas, como la de su compañero asesinado, pero tiene más sensatez, que quizá se evidencia en un mayor clasicismo de sus versos, y puede compararse en fuerza y vigor.

Por otra parte, no es posible juzgar honradamente la poesía, que es ritmo y verbo, a través de la transformación inevitable que sufre al ser traducida. El juicio debe limitarse al aspecto dramático, desestimando, relativamente, la parte formal.

« Le Repoussoir » está repleto de inspiración popular. Los versos, recogidos en la vida diaria de la boca del pueblo, están incrustados en la ardiente tragedia como joyas de sumo valor. Difícil resulta decir cuáles son las frases auténticamente originales y cuáles han sido escuchadas al azar de la vida española.

La principal preocupación del poeta en las tres cuartas partes de la obra parece haber sido la creación de la atmósfera a la que poner el broche trágico e inesperado. Por eso, la anécdota tiene poca importancia y el ambiente la tiene toda. La acción es inexistente y lenta, que tal es un privilegio del poeta: entretener y emocionar sin que pase nada, sin que los personajes actúen, sin que apenas piensen, pero trasladando al público la gama variada de sus sentimientos a través de su lirismo. ¡ Qué diferencia tan grande con el « no hacer nada » de los personajes de Chejov !

Admirables son los muñecos del autor ruso, tan ordenados, con las ideas tan claras y el raciocinio tan sereno. Sus problemas se deslizan mansamente, como un río en una llanura. En cambio, los de « Le Repoussoir » se arañan unos a otros y sobre todo se destrozan cada uno a sí mismo. Las frases, casi las palabras, expresan alegría o congoja inmensa. Las almas se debaten retorciéndose, y en el tremendo infierno que se preparan queda como único consuelo el sentimiento del deber que hay que cumplir, aunque al cumplirlo se destruyen interiormente.

Con mi sinceridad acostumbrada debo decir que no creo que de la versión francesa se pueda extraer todo el juízo que encierra « Le Repoussoir ». Me parece que la interpretación que ha dado a la obra André Reybaz al dirigir a su compañía, no corresponde a la creación personal del autor, ni a la que sin duda debió darle la compañía de Margarita Xirgu al estrenarla en Buenos Aires, ni tampoco a la que podrán imaginar cuantos españoles asistan a una representación.

Un poema como el que nos ocupa exige un criterio avisado y prudente para llevarlo a las tablas sin caer en el ridículo y para explotar las posibilidades dramáticas que encierra. André Reybaz, si ha salvado la obra del ridículo, lo ha hecho de chiripa, y no faltan momentos en que el público se desconcierta por el tono empleado o por el movimiento inexplicable.

Para obtener efectos discutibles, adaptación, en fin, al gusto francés, ha presentado a « Gorgo » bajo un aspecto casquiano que no se desprende del texto, lo mismo que a las dos comadres, perdiendo así la obra densidad dramática.

Oponiéndose « Gorgo » a que los amores de su sobrina lleguen a feliz término, demuestra una rigidez admirable en lo que considera el cumplimiento de un sagrado deber, en el que se juntan la adoración por el hermano muerto y el convencimiento de su auténtica vocación. Esto se ha disimulado para hacer resaltar una pretendida maldad y el amargor de una vida estéril, de solitaria.

De la misma manera, la mentalidad austera y simplista, con invocaciones a las fuerzas inmateriales, que hace que los elementos fantásticos tengan una labor importante en la obra, y cuanto encierra la vida de esas mujeres viejas en posibilidad de ternura, de cariño concentrado que no ha podido manifestarse por

la esterilidad de los vientres, lo doloroso y trágico de la suerte de las solteronas, está desvirtuado por un proceder de comedieta ligera, en la que todo se reduce a la insatisfacción sexual. El afrancesamiento de la obra en tales aspectos debe resultar muy sabroso para el público indigena, pero supone, indudablemente, un traumatismo que desnaturaliza la idea original del autor.

Todos los movimientos escénicos realizados con tales fines son en consecuencia forzados, y con hay un claro abuso de ellos, el pudor de las damas se presenta como una pudibundez que convierte en aspiraciones eróticas elementales, por otra parte desplazadas dada la edad de los personajes, las desgarradoras complicaciones anímicas.

Pero, en fin, a falta de una perfección total, quede constancia de la pesada atmósfera, densa y consistente. Cada personaje es un drama entero, bien planteado en el terreno poético. Personajes que sienten sin pensar. Sus preocupaciones no las expresan en frases concisas, sino en gritos, en gestos, en la plenitud de la existencia en que únicamente les es dado vivir a los seres de temperamento pasional. Seguramente es en este aspecto en el que la obra de Alberti llega más cerca de la de García Lorca.

El ardor en los sentimientos, que parece ser característico de los meridionales, es comprendido, aunque no admirado, por los franceses del norte que sienten hacia sus manifestaciones escénicas una inclinación indudable. Rafael Alberti, prácticamente desconocido en Francia hace unos días, cuenta ahora con una expectación que puede convertirse en rendida pleitesía al poeta.

El decorado es bello, está bien hecho y contribuye en gran parte a dar a la obra su ambiente. De la dirección escénica ya he hablado. Seré bondadoso si no insisto. La música de Yvan Semenov se adapta perfectamente al ambiente de la fábula, y lo mismo hubiese ocurrido suponiendo que la puesta en escena hubiese guardado fidelidad al original español.

Entre los actores destaca Charles Moulin por su agradable simplicidad y Anne Blancard por su sinceridad, aunque haya en su trabajo cierta monotonía. Los demás no creo que estén a la altura de las circunstancias.

Queda, en resumen, una fuerte obra poética que se adivina es mucho mejor de lo que se presenta.

FRANCISCO FRAK.

La pantalla

«CALABUIG»

Película española. — Realización de Luis G. Berlanga. — Fotografía de Francisco Sempere. — Interpretada por Edmund Gwenn, José Ozores, Félix Fernández, Franco Fabrizi, Juan Calvo, Valentina Cortese, José Isbert, etc.

UN nuevo éxito para el cine español. Se ha obtenido con parecido procedimiento al de « Bienvenido Mr. Marshall », película del mismo realizador a la que recuerda, pues ambas son sendos documentos de la vida pueblerina en España, vista con cierta gracia y con aspiraciones de actualidad.

Esquematisando el rollo, se puede decir que el método seguido por Luis G. Berlanga consiste en enfrentar dos épocas distintas, algo por el estilo de lo que se consigue haciendo hablar a Séneca por teléfono o mostrando a Cleopatra en la moderna ocupación de hacer funcionar una máquina lavadora.

El realizador español usa este sistema pero con extrema finura, llevando a un pueblecillo de la costa mediterránea a un sabio en cuestiones atómicas que desea le dejen en paz.

Del contraste entre las concepciones modernas de la existencia, personificadas, arbitrariamente, por el profesor Serra Hamilton, y la sencillez en que se desenvuelve la de la población de Calabuig, salta la chispa graciosa. Y decimos que el profesor representa arbitrariamente la vida moderna, porque sin ese personaje de sesudo atomista, la obra de costumbres que es « Calabuig » no perdería mucho, siendo el espectador « civilizado » quien encontraría la diferencia con su propia manera de vivir.

Salvando contados momentos en los que al realizador se le ha ido la mano convirtiendo la película en farsa, afortunadamente instantes pasajeros, el resto de la cinta es un dechado de simpatía, ironía y humor fino. Se provoca la sonrisa sin forzar excesivamente las situaciones y sin ridiculizar a los personajes, que con características parecidas podrán encontrarse por cualquier lugarejo hispano.

Viven ellos completamente alejados de los problemas que preocupan a los cancilleres, llevando una vida sencilla y sin complicaciones. Como dice el profesor Hamilton en uno de los momentos « sin preocuparse de disimular su naturaleza ante los demás ». Tal género de vida, característico de los villorrios a los que apenas ha llegado la civilización, choca necesariamente con los prejuicios y costumbres del espectador. La supeditación de tantos actos como realiza el hombre civilizado a las con-

venciones, pierden por completo su seriedad y resultan ridículas al enfrentarse a la naturalidad de las gentes sencillas. Queda esto patente en la lucha continua que sostiene el sargento de la guardia civil entre su sometimiento a la disciplina y reglamentos y las exigencias naturales de la existencia cotidiana.

Película de humor suave e inocente, apenas hay en ella un par de intervenciones a las que se les pueda atribuir una intención sarcástica o crítica. Es cinta para entretener y divertir, y como esto lo consigue, no merece la pena buscarle unas ocultas intenciones.

En casi toda ella se mantiene el tono humorístico de excelente calidad, comparable al de las mejores producciones mundiales del mismo género.

Nosotros hemos apreciado particularmente la corrida semiacuatada, en la que el monólogo del torero, y casi estamos por decir su diálogo con el novillero, es de gran fuerza cómica, que apreciarán particularmente quienes entiendan el español.

La cinta ha sido dirigida con cuidado pero sin alardes pretenciosos; el sonido no deja recuerdo alguno y la fotografía es de escasa calidad en su conjunto, aunque no faltan algunos planos excelentes.

La interpretación es discreta. El profesor Hamilton es interpretado por el actor norteamericano Gwenn, a quien hubiésemos deseado un aire más malicioso; Valentina Cortese da vida a la maestra con delicadeza, y los demás, José Isbert, Juan Calvo, etc., definen sus papeles dentro del estilo peculiar en cada uno de ellos.

FEDERICO AZORIN.

FESTIVAL SOLI



Guitarra clásica y ritmo puro andaluz a cargo de Alfonso ALONSO y de la formación A. VARGAS.

MESA REVUELTA

Las fotos mercantes de todos los países alcanzaron en julio de 1956 la suma de 105.200.000 toneladas, de ellas 28.211.000 comprendidas en el transporte de petróleo.

En ambos dominios es la suma más alta hasta ahora alcanzada.

El número del diario « New York Times » del 28 de enero del presente año contiene 50 páginas, pesando una libra y seis onzas. Se necesitarían dos días para leerlo regularmente, pues, anuncios aparte, contiene más lectura que el « Quijote » o « Los Miserables » de Víctor Hugo.

Se cuenta que en el paquebot « Ile de France », un v.ajero tímido se dirigió a una muchacha de su agrado de la siguiente manera :

— Perdona, señorita : ¿ usted también viaja en este barco ?

En cierta librería parisina puede leerse — en estos tiempos de crisis gasolinera — la recomendación siguiente :

« Nada de restricciones para la lectura. Un libro puede llevarse mucho más lejos que su coche. »

Va de proyecto :

Una sociedad capitalista extranjera mas con mínima participación española ha reunido la suma de 280 millones de pesetas con el propósito de instaurar una fábrica de caucho sintético en Miranda de Ebro (Burgos). La producción propuesta por año es de 8.000 toneladas, siendo la principal materia prima el alcohol vinílico. Solamente el utillaje a importar costará 98 millones de pesetas.

En una sesión de variedades el ilusionista Magnus emprendió la lectura del diario a través de tres telas opacas.

Los espectadores quedaron intrigados, pero las mujeres que les acompañaban se sintieron molestas... y desnudas ante tan extraordinario sujeto.

En la provincia de Lugo un lobo extraordinariamente voraz y precavido ha mantenido en jaque durante diez años a pastores y ganaderos. Había diezmado rebaños enteros y atacado con daño grupos vacunos. Las batidas del vecindario y las oficiales no habían dado ningún resultado. Tanta personalidad cobró dicho lobo que se le distinguió con el nombre de « Carbonero ».

Pues « Carbonero » con su « Carbonera » ha sido abatido por un carbonero de profesión llamado Pedro Núñez en el término de La Fontaneira.

— La Biblia, la Biblia ! ; Eso de que Jonás pasara tres días en el estómago de una ballena !

— Nada extraño. El misionero P. Yáñez ingresó hace dos años en el vientre de un cocodrilo y aún no ha salido.

Rehacer su vida es continuar la misma vida con una mujer diferente. — J. Marsac.

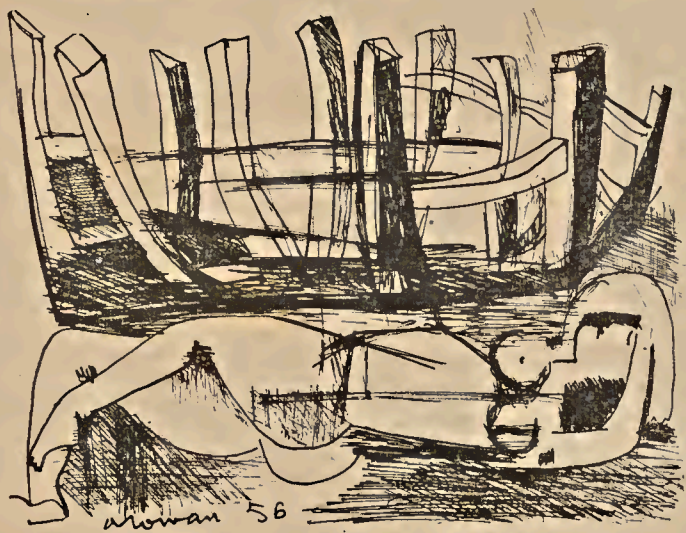
Los años que una mujer resta a su edad nunca se pierden ; son agregados a las edades de sus amigas. — Françoise Sagan.

La cosa más cara del mundo es la cosa barata que no necesita usted. — Anónimo inglés.

He empleado muchos años en hacerme célebre y ahora que lo soy tengo que emplear gafas negras para no ser reconocido. — Carlos Boyer.

Se cuenta como anécdota que Pablo Picasso no adorna sus habitaciones con objetos de arte suyos porque cuestan demasiado caros.

ARTE Y ARTISTAS



MORVAN

Galería San Plácido

Consagración definitiva de lo que venimos anunciando hace ya tiempo. La exposición de MORVAN es, por el momento, la mejor de París, y nuestro amigo se sitúa a la cabeza de toda una generación que se niega a encerrarse en el « miserabilismo » y en una pintura fatalista y pesimista. MORVAN ha tenido la audacia — sinceridad — de definirse y la clarividencia de pensar en el negro porvenir que espera a los abstractos. Y partiendo de una síntesis, el artista llega al sujeto en una borrachera de luz en una orgía luminosa que transforma en transparencia no importa qué forma, sea ésta el fuerte de Ajaccio, o una simple manzana sobre un plato.

MORVAN no practica el doble juego en la discusión estética actual y su decisión de situarse definitivamente en el campo figurativo, un figurativo sin realismo inoportunos, sin academismos más o menos maquillados, hacen de nuestro joven colaborador una de las primeras figuras de la llamada Escuela de París.

UBEDA

Galería Drouant

Separados Druant y David, el segundo en posesión de las « vedettes » BUFFET, CARZOU, seguramente CLAVE también, corresponde al primero la creación de nuevos fenómenos que produzcan con el sudor de su frente, el Cadillac del « marchand ». En esta lotería « pinturera », le ha tocado a UBEDA salir de la cueva-archivo, y su exposición se anuncia apoteósica y plétórica de vendidos ; la prensa ha sido unánime en el elogio y no es cosa de repetir aquí todas las cosas buenas que han dicho de sus cuadros. Así es que voy a decir todo lo malo que yo pienso de los mismos. Toda su obra es una larga tapicería como la de la famosa reina, que cortada en veinte o treinta pedazos, constituyen otros tantos cuadros. El todo forma un conjunto terne, de un extraño ambiente judaico, con reminiscen-

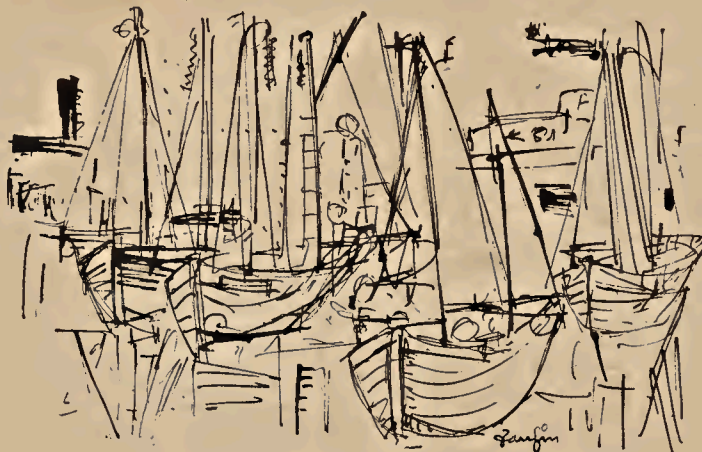
cias de CLAVE y a veces de MIRO, sin la pureza de color del primero, ni la sensualidad del segundo. Los cuadros son tristes, sin luz, sin variedad, el color sucio y los temas propios de vidriera, resultan confusos, monótonos y complicados, con sus signos, simbólicos y cabalísticos que deben de agradar en extremo a toda una clientela israelita. Aparte de esto, como dije antes, la exposición fué un éxito y siento no estar de acuerdo. Conozco la obra anterior de UBEDA y el primer desilusionado he sido yo.

DAUFIN

Galería Guillerot

Hace dos años hablé de DAUFIN, aislado en una campaña hostil al arte y esclavizado entre el empedrado de una carretera — garbanzos — y la creación de nuevas telas — fantasías —.

Hoy DAUFIN celebra en París su primera salida y puede decirse que ésta ha sido triunfal. Galería acreditada, crítica



gones, le permiten transformar un bloque de objetos hecleróticos e incompatibles, en un conjunto de proporciones agradables en el que los colores tintinean a egremente ante un cliente ya seducido por un prisma variado y armonioso.

Es indudable que el éxito de esta exposición ha de servir a DAUFIN para afianzarse en la plaza que su trabajo y su continuidad le han abierto.

GRUPO

Galería Vidal

Un CLAVE aburrido, una ilustración-cuadro de GRAUSALA, un MENTOR desigual como siempre, un PELAYO vertical y anaranjado y un buen MONTANE.

Inexplicable la presencia de REBEYROLLE y lógica la ausencia de CESAR.

GRUPO

Galería La Roue

A partir del 5 de este mes, tendrá lugar en la pequeña y acreditada galería de « La Roue », la presentación de un grupo de españoles, compuesto por SEMPERE, ya conocido y participante en varias exposiciones de importancia y tres nuevos, BALAGUER y VICTORIA, valencianos, y el « gato » RAMO.

En el próximo número hablaremos de esta exposición y del esfuerzo y cantidad de trabajo que supone organizar una pequeña manifestación en una galería de importancia por un grupo de jóvenes rodeados de problemas diarios que nada tienen que ver con la pintura. ¡ Felizmente que hay franceses comprensivos !

PONS

Galería L'Antipoète

No sé si calificar de abstractos los cuadros de PONS, a pesar de que sean catalogables en esta escuela. Sus temas presentan una humanidad y una

profundidad de que carece generalmente este arte limitado y la audacia de su técnica — blanco contra blanco —, acusa aún más el relieve de una presencia, de un calor y mismo de un mensaje que no por secreto y personal, carece de universalidad ni de interés.

GARCIA TELLA.



LEO NOEL. Estará con nosotros en la Sala Pleyel el domingo 14 de abril.

NOTICIARIO

MADRID no tiene teatro exclusivo para la ópera. Debe serlo el Real, sujeto a interminables reformas. Las obras realizadas y las que quedan por terminar están sujetas a la aprobación del Consejo de arquitectos delegados por el gobierno. Además, la maquinaria telar y e.electrotécnica (alemana) yace arrinconada en el puerto de Bilbao en espera de quedar exenta del impuesto de Aduanas...

Que Sigfrido, la Tosca, Don Juan, Fidelio, Marina, Guillermo Tell y demás personajes de la alta música no se impacienten por ello.

Leído en « La Gaceta » (literaria) de Méjico :

« He aquí una de las últimas resoluciones de la Comisión de Censura que actúa en España para evitar la difusión de libros que perturban la moral y las buenas costumbres : prohibió la entrada de dos de nuestras últimas ediciones : el hermoso estudio sobre Lutero del gran historiador francés Lucien Febvre y la « Introducción a la lógica dialéctica » de Eli de Gortari, publicado bajo los auspicios del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Por fortuna para los editores españoles, en México no se aplican medidas de « reciprocidad » cuando significan atentados a la cultura ».

En Burgos va a ser derribado el vetusto Teatro Principal, que, en realidad, era principal por ser único en la localidad.

El problema se presenta para recoger los ocho millones de pesetas necesarios para erigir otro Principal de nueva planta. Puesto que los principales de la Catedral no admiten competencia.

En el Museo de Ciencias Naturales de Madrid ha sido dedicado un busto escultórico a la memoria del artista naturalista Luis Benedito.

Manuel Abelenda, afortunado pintor paisajista gallego, ha muerto súbitamente en su domicilio de La Coruña. Era, además, buen comentarista del arte en general.

El famoso Palacio del Infanzado, joya arquitectónica completamente aniquilada por la aviación franquista en sus ataques sistemáticos contra Guadalajara, dicen que va a ser reconstruido.

Sus verdugos lo tienen abandonado desde que están en el Poder.

Juan Ignacio Luca de Tena ha estrenado « ¿ Dónde vas, Alfonso XII ? » en el Teatro Lara de Madrid.

Se trata de una remembranza monárquica de escaso interés, por lo que ni Luca ni el XII van a parte alguna.

El actor Manuel Dicenta (hijo del dramaturgo Joaquín Dicenta (p)), parece que se olvida de las tablas para dar conferencias por los Ateneos de España.

En un Instituto italiano Alessandro di Stefano presentó la escenificación en idioma dantesco de « El curioso impertinente », uno de los capítulos de la obra máxima de Miguel de Cervantes.

Una comisión de cineastas españoles presidida por Vadja y Carmen Sevilla ha ido a Roma a rendir pleitesía al Santo Padre.

Lo que ya es argumento.

El estudio « Bajo el signo de Larra » de nuestro colaborador Luis V. Anastasia Sosa, terminó con el cap. IV, segunda parte, publicado en nuestro número anterior.

PLATERO y JUAN RAMÓN



A España peregrina, la de los cien mil corazones fieles dispersos por toda Europa y América viviendo la dignidad del destierro, acaba de estremecerse ante la buena nueva que en estos días da la vuelta al mundo: la consagración universal del poeta español exilado Juan Ramón Jiménez con el Premio Nóbel de Literatura.

Desdichadamente la noticia jubilosa viene esta vez con un dolorido desgarrón, ya que en el momento en que el poeta recibe el galardón de la Academia de Estocolmo, su esposa y compañera de trabajo Zenobia Camprubí muere... Juan Ramón, el solitario, el silencioso, no tiene un rincón libre para la alegría triunfal. Solamente ojos para su compañera de dolor y manos para las últimas caricias en esa frente que tantas veces le ayudó a pensar.

POR ALEJANDRO CASONA

bre ranilla con la espina de naranjo !), y se alegra con la dulce carga de la muchacha tísica, toda ojos negros y dientes blancos. Y por eso, sólo por eso, es capaz de entender la poesía antes de aprender las letras, sin que haya en su gesto el menor asomo de pedantería cuando, por encima del hombro de su dueño, se pone tranquilamente a leer a Ronsard bajo el cielo de Mo-guer :

...comme on voit sur la branche
au mois de mai la rose !

Sus ojos están llenos de estampas ; su rebuzno, de canciones ; y su silencio, nunca vacío, está denso de íntima atención inefable. Su aire de meditación filosófica, tan estoico y agreste — « Marco Aurelio de los prados » —, no es más que el santo temor del discípulo a turbar el pensamiento del maestro. Y el poeta de la barba nazarena, sabiéndolo así, no vacila en dialogar con él, a veces, sin palabras, a veces condescendiendo a explicarle el sentido de la metáfora : — « Dios está en su palacio de cristal... (quiere decir que llueve, Platero) ».

Ni Fray Angélico, que los pintó tan tiernos, ni Patinir, que los sorprendió tan graciosos, habrían podido fijar la estampa única de este borriquillo tan pueblo, tan niño y tan español. Si acaso, Murillo, andaluz como él, que lo presintió, entre moscateles y sandias también, en sus golfillos gitanos « guapos y sucios como monedas caídas en la calle ».

La infancia de Platero es hermana en gracia y ternura de esas otras infancias tristes que pueblan la poesía juanramoniana, como el niño pobre, vestido a gritos de colores, que mece sumiso los pies en su silla de soñar con hambre ; la niña coja que no puede alcanzar su muleta para llegar a la fiesta de pájaros ; la carbonerilla, rosa y negra, que muere ardiendo en carne viva entre la arena de fiebre y el dolor de las cigarras. ¿ Cómo no habían de amar los niños a este Platero, que es una prodigiosa infancia a cuatro patas ?

Siempre ha sido el borrico el gran amigo de los niños y los pobres.

La Titania de Shakespeare lo amó en el « Sueño de una noche de verano », pero fué sólo un sortilegio que se desvaneció con el alba ; y la reina de los elfos, horrorizada de lo que había besado en sueños, volvió arrepentida a los brazos de Oberón. Era un simple sortilegio de brujería. El sortilegio de la Poesía es mucho más profundo, porque no necesita transformar en galán a un borriquillo embelleciéndolo por fuera ; puede hacerlo amar en su cálida animalidad, alumbrándolo de luces interiores.

Así ha podido regalar a todos los niños del idioma castellano ese maravilloso aguinaldo nunca imaginado : un borriquillo andaluz, ungido de gracia, que carga en su alforja el peso de un Premio Nóbel mientras retoza alegremente por los pastos más frescos de la poesía.

La mayoría de los poetas no logra otra cosa que despertar la estimación profesional de sus compañeros de letras. Otros, muchos menos, consiguen la admiración de los hombres y la gratitud de los pueblos. Juan Ramón, precisamente el de la huraña soledad y « la inmensa minoría », ha llegado más allá que ninguno, alcanzando, junto al fervor de los poetas, los hombres y los pueblos, el amor de los niños, a quienes ha hecho el más hermoso regalo

rabajos de cristal negro de sus ojos, con sus grandes orejas franciscanas como cuernos de itap, con su travesía mansedumbre y su tierno rebuzno, ha triunfado sobre las maravillas principescas de Perrault, y las fabulaciones inquietantes de ogros, genios y gnomos, y la gran caja de trucos de Las Mil y Una Noches.

¿ De dónde le viene esa fuerza prodigiosa ? He ahí el milagro del Poeta. Platero andaba ya ramoneando por todos los ejidos campesinos y por todos los jardines colegiales antes que Juan Ramón le hubiera convertido en su silencioso confidente. Pero habría muerto como otro borriquillo cualquiera, inadvertida su alma oculta. Era un hecho natural que esperaba hacerse poesía. Ahora ya es un hecho poético, y tan maravillosamente sencillo, que todos los niños lo han comprendido. Por eso ya no puede morir.

Sus hermanos famosos de la literatura deben de contemplarle en estos momentos con asombrada envidia. El « Rucio » de Sancho tenía ciertamente una acusada personalidad digna de pasar a la Historia ; habrá aprendido de su amo la lealtad tranquila y el buen juicio refranero, y es indudable que, con tiempo por delante, habría terminado por imponer una democracia de pana y sentido común en la Barataria asnal de los Felipes. Pero era un manchego socarrón, demasiado convencido de que los molinos son siempre molinos, sin contar con las sorpresas del viento.

El de los hermanos Grimm, organizador de orquestas en los bosques de Bremen, tampoco se salía del pesebre tradicional. Su música, sin ninguna ambición de arte, era simple oficio para ganarse la cebada de cada día, y ruido eficaz para espantar ladrones. En suma, burro pragmático alemán. Y el de la fábula, que sólo una vez acertó a tocar la flauta por casualidad, era un inflado burro pedagógico ansioso por llegar cuanto antes a la letra bastardilla de la moraleja.

El de Superville, en cambio, descubre con demasiada imprudencia su alma de hombre, razonador y francés, rumiando pensamientos en el establo de Belén y soñando que con la nueva religión nacerá también una nueva justicia para esos eternos desheredados que son los burros y los pobres.

El que más se acerca a la pura animalidad de Platero es, quizá, el de Guerra Junqueiro, atravesando con su toc-toc de rapaz campesino las páginas fragantes de « Os Simples » :

Toque-toque-toque... lindo burriuito,
para as minhas filhas
! quem m'o dera a mim !
Nada mais gracioso, nada mais bonito.
Quando a Virgem pura
foi para o Egipto,
com certeza la num burrico assim !

Pero solamente « Platero » realiza el milagro de hacerse poesía sin salirse de sus límites, sin aspirar a símbolo alguno, sin abandonar un solo instante su humilde naturalidad de bestezuela verdadera. Sus estupendas hazañas poéticas se deben a que es sencillamente, sin proponerse otra cosa, un « borriquillo-niño ». Por eso es goloso, prefiriendo al pasto verde las uvas moscateles y la carne de azúcar de la sandía. Por eso le divierte tanto patear la luna al cruzar los charcos y beberse cubos de agua con estrellas. Por eso se encoge sorprendido ante el dolor (; su po-



que puede hacerse a un niño : « Platero », el borriquillo inmortal de cuerpo de algodón y alma de mariposa. Para todos los niños del idioma castellano, el que ha recibido el Premio Nóbel de la poesía no es el autor sino el protagonista de la famosa elegía andaluza. Y en todas las escuelas, en todos los recreos, en todas las esquinas de la travesura, millones de voces niñas repiten alegremente (como la niña del sombrero de arroz que navegó en su cuna, río abajo, hacia la muerte) todas las variaciones posibles del nombre querido : « Platero, Platerón, Platerillo, Platerete... ! »

El asnillo andaluz, con los dos esca-

SUPLEMENTO LITERARIO DE SOLIDARIDAD OBRERA

Journal autorisé par l'arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros a C.C.P. Paris 1350756, Roque Llop, 24, rue St-Marthe (PARIS X)

TELEFONOS

Red. y Ad. BOT.22-02
Talleres PRO. 78-16

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

trimestre 150 francos
semestre 300 francos
año 600 francos
Número suelto 50 francos

Exterior : 190, 380 y 760 francos respectivamente.

Precio 400 francos

EL AMOR y la AMISTAD — CULTURA Y CIVILIZACION LA HISTORIA LA LIBERTAD

ANTOLOGIAS UNIVERSALES

SOLIDARIDAD OBRERA

EDICIONES SOLIDARIDAD OBRERA PARIS

